



¿Creamos
una
historia?

POR

ANNE ABAND

¿Creamos una historia?

Anne Aband

Registro: 2302133487979

Capítulo 1 La Llegada

Irene se dirigió por la calle que serpenteaba hasta el consultorio médico. Demasiado puntual, como era ella, pero no le importaba. Ese día empezaba su nueva vida.

Un pueblo costero, turístico, pero no demasiado. Pequeño, pero no minúsculo, tranquilo, pero no muerto. Eso es lo que le había dicho su amiga Carmen, que ya vivía allí desde hacía cuatro años, cuando se casó con su pareja actual.

Se sentó por unos minutos en un banco que se asomaba a un mirador, en lo alto del pueblo y desde donde se veía la zona más turística, con los hoteles y hostales, restaurantes, el corto paseo marítimo, como lo llamaba orgullosamente su amiga, y la playa. A un lado, el puerto de pescadores, donde no había ya barcos, suponía que todos estaban faenando.

Sí, el lugar prometía y para aquellas personas que deseaban comenzar una nueva vida, alejadas de un exnovio que nunca quiso comprometerse en serio y que ahora iba a ser padre, era perfecto.

Suspiró molesta. Diez años aguantando al mismo tipo, los tres últimos viviendo juntos, haciendo planes para el futuro. Ella no es que deseara ser madre de forma inmediata, pero no le hubiera importado. Según su propia progenitora, a los treinta y ocho ya era tarde, pero eso eran cuentos de anteriores generaciones. Aunque eso era lo que menos le preocupaba en ese momento.

Había dado un paso muy grande, arriesgado. Dejar su piso, su ambiente, sus amigos que, después de tantos años eran compartidos, sí, y su trabajo como enfermera en el hospital, donde había posibilidades de ascender... para venirse a ese pequeño lugar y trabajar en el área de pediatría de un pequeño consultorio, vamos, del único que había.

—¿Y qué iba a hacer? —se dijo mientras seguía caminando por las calles empedradas. Las casas eran blancas, con altos balcones que empezaban a cubrirse de flores, anunciando que la primavera estaba cerca.

No, no podía hacer otra cosa. Sus propios amigos tendrían que elegir, incluso en el hospital, donde su ex trabajaba, también de enfermero, habría malos rollos. Lo mejor era retirarse a un lugar y empezar de nuevo. Nunca le había asustado demasiado y cuando Carmen le dijo que había una plaza libre y que en varios meses no se había cubierto, se dijo que era una oportunidad.

Y aquí estaba.

Entró en el consultorio saludando a los que estaban en la fila para hacerse los análisis. En su ciudad solía haber filas de veinte personas o más. Aquí, solo había cuatro. La enfermera, una señora que parecía a punto de jubilarse, la saludó.

—Soy Irene García, la nueva enfermera.

—Estupendo, Irene, soy Beatriz. Por favor, cámbiate y vente para aquí.

Irene se sorprendió, pero bueno, no le importó. Como todos los centros de salud eran similares, enseguida encontró el vestuario y se cambió. Acudió a la zona de análisis. Ahora había unas ocho personas. Beatriz estaba trabajando eficazmente con las difíciles venas de una señora mayor. Le indicó el puesto y ella, después de higienizar sus manos, comenzó el trabajo.

Cuando terminaron, Beatriz la acompañó a la sala del café. Allí había dos médicos, hombre y mujer. El hombre, bastante joven, diría que recién salido de sus prácticas y la mujer, de una edad intermedia.

—El doctor Pedro Sanz, pediatra y Teresa López, médico general. Hay algún otro médico más, pero está de vacaciones. Tú y yo somos las únicas enfermeras del centro.

—Me alegro mucho de tener una enfermera por fin —dijo el amable médico. Irene lo miró sorprendida. ¿Qué hacía un hombre como él allí? Parecía el típico que encontrabas en los grandes hospitales, alto, atractivo y con una gran sonrisa.

—Puede que te necesitemos en cualquier otro momento —dijo la doctora—, aquí solemos hacer todos de todo.

—No hay problema —dijo Irene—, para eso estamos.

—Bueno, en diez minutos empezamos la consulta —dijo el pediatra y salió de la sala. La doctora lo siguió y Carmen le invitó a un segundo café.

—Aquí no hay nada extraño, eso sí, en verano, cuando se llena de turistas, seguramente tendrás que hacer más horas de lo normal, pero las pagan. Los médicos son agradables. Pedro lleva pocos meses aquí, no sabemos por qué, igual que tú, que no sé por qué has venido de una gran ciudad aquí.

—¿Te vale si te digo que un gran desengaño amoroso? —contestó Irene sabiendo que tenía que decirle algo.

—Ay, lo siento, Irene. Yo estoy divorciada y en verano me lo paso muy bien, esto se llena de turistas alemanes jubilados y no veas la marcha que tienen. Seguro que encuentras con quién...

—Déjalo, Carmen. Ahora mismo, no quiero saber nada de hombres. Bastante he tenido con el lastre que he dejado atrás.

—Vale, pues a trabajar.

Irene se dirigió hacia la consulta de pediatría. Estaba algo descuidada y los dibujos que había colgados en la pared, se veían algo viejos. Se dijo que, como a ella le encantaba pintar y no se le daba mal, que preguntaría al responsable del centro si le dejaba decorar alguna pared con colores alegres, quizá dinosaurios o animalitos.

Entró en su consulta y revisó todo con precisión. El anterior profesional había dejado todo bien preparado. Revisó los pacientes que tenía para ese día y había media docena. Unos puntos de una caída, alguna vacuna de bebés, y luego, los que vinieran sueltos. Iba a ser un trabajo tranquilo.

El doctor entró en su consulta para ver si necesitaba algo y ella dijo que no, que todo estaba bien. Quiso ver en sus ojos un deje de tristeza, pero él enseguida sonrió. Irene no le dio importancia, pero le intrigó.

Se asomó a la sala de espera, donde había una niña de unos seis años, con su padre.

—¿Aitana? —dijo y la niña saltó de su silla. El padre se levantó y ella observó curiosa su aspecto. Era un tipo bastante alto y de hombros anchos. Llevaba el cabello corto e iba bien afeitado.

—¿Es usted la nueva enfermera? —dijo el hombre.

—Sí, me llamo Irene.

—Hola, soy Aitana y este es mi padre, Daniel. ¿Tienes novio?

—Aitana, por favor —dijo él algo sonrojado—, perdónela, es muy curiosa.

—No se preocupe —se giró hacia la pequeña que ya se había sentado en la camilla y mostraba su pierna, con un apósito bastante grande—. No tengo novio, ya que lo preguntas. ¿Y cómo te hiciste esta herida?

Irene destapó el apósito y descubrió que llevaba al menos doce puntos en su delgadita pierna. Le debió de doler mucho.

—Porque me subí en los columpios de pie, aunque mi yaya me dice que no lo haga mil veces, pero es que quería ver si podía dar la vuelta. —Miró a su padre que estaba muy serio—, pero no lo volveré a hacer más. Lo he prometido.

—Sería una faena que te cayeses y te rompieras algo y tuvieras que estar escayolada todo el verano, Aitana —dijo Irene y la niña abrió los ojos y se quedó pensativa.

Una mujer entró en la consulta con el rostro sonrojado por la carrera. Ella era morena. Irene se quedó mirando a ambos. Aitana era rubia y con ojos azules. No se parecía a ninguno de los padres.

—Esme, no hacía falta que vinieras —dijo Daniel incómodo.

—Quería acompañaros, ya sabéis —dijo ella acariciando el cabello de Aitana que no le hizo ningún caso.

Irene siguió curando los puntos sin decir nada.

—Hay un punto que me preocupa porque no se está cerrando bien. Mamá o papá deberían mirártelo todos los días.

—Ella no es mi mamá —dijo la niña tan tranquila.

—Ah, lo siento. Bueno, si queréis, podéis traerla por la mañana, aunque no tengáis hora, la atenderé, porque ese punto no se está cerrando bien. No vaya a ser que se infecte.

—Si no la puedo traer yo, por el trabajo, la traerá mi madre —dijo Daniel—. Y muchas gracias.

Los tres se marcharon, Aitana saltando tan feliz. Se notaba que era una niña movida y que deberían estar muy vigilantes con ella. El padre se veía preocupado, aunque le daba la impresión de que no era la primera vez que le ocurría, pero tenía algo y su novia, estaba claro lo que era, no parecía conectar con la pequeña... claro que podrían ser imaginaciones suyas.

La mañana transcurrió más o menos tranquila y pronto se hicieron las tres. Irene salió a la calle, satisfecha por el trabajo realizado y como primer día y porque básicamente no tenía nada en la nevera, se dijo que iba a dar una vuelta por los restaurantes de la zona y darse un pequeño homenaje. Había alquilado un pequeño apartamento cerca de donde vivía Carmen y por la tarde, cuando ella saliera de trabajar en su oficina, habían quedado para ponerse al día.

El aire marino trajo un olorillo agradable y no había demasiado jaleo por la playa. Quiso descalzarse y caminar por la arena, algo que pronto haría. El mar se veía tranquilo al fondo y algunos jubilados paseaban por la playa.

Siguió paseando hasta los restaurantes, había varios, que todavía atendían a los españoles que comían tarde, los europeos ya terminaron, así que preguntó a un amable camarero y se sentó en la terraza, entre sol y sombra y con unas vistas maravillosas al mar.

—¿Quiere probar nuestra paella de marisco, señora? —dijo un hombre de unos cincuenta, alto y fuerte.

—Sí, gracias, está bien. Y una copa de vino blanco.

Pronto le sirvieron la copa de vino y unas olivas para esperar y suspiró. No sabía si vivir allí iba a ser demasiado tranquilo, pero de momento, estaba de maravilla. Su madre le envió un mensaje para saber qué tal su primer día y ella

le respondió, enviándole una foto del lugar. Ella le prometió visitarle en cuanto tuviera vacaciones.

Le sirvieron la paella y en cuanto Irene probó la primera cucharada, cerró los ojos y se quedó quieta. El camarero se acercó a ella, preocupado.

—¿Está bien? ¿Se encuentra bien?

—Oh, sí, sí. Es que... nunca había probado un arroz tan delicioso.

El hombre se echó a reír.

—Me había asustado. Pensé que lo mismo tenía alergia a algo. Se lo diré a mi hermano, que es el cocinero. Siempre se agradece.

—Pues sí, le puede decir que jamás he probado un arroz tan suelto y con tanto sabor. Acabo de mudarme aquí, y creo que vendré más de una vez —sonrió ella.

El hombre lo agradeció de nuevo y se fue para la cocina. Al poco rato, un hombre, vestido con chaquetilla blanca y gorro de cocinero, se acercó a la mesa.

—Quería saber quién era la persona a la que le había gustado mi arroz —sonrió—, y veo que es usted, Irene.

—Oh, Daniel, pero no me trate de usted, por favor.

—Está bien. Me alegro de que te haya gustado.

—Más que eso, eres un artista de la cocina —dijo ella, haciendo que él titubease—, oh, perdona. Es que me encanta comer, bueno, comer bien, claro, y cuando pruebo algo que es bueno de verdad, me entusiasmo.

—Claro, claro —dijo él con una amplia sonrisa que hizo que a ella le palpitase un poco más fuerte el corazón—, si te gusta el cocido, suelo hacer una vez cada quince días.

—Vendré a menudo, desde luego, aunque ya puedo ir a hacer deporte —rio ella.

—Hay una ruta de senderismo que sube a una ermita. Es todo cuesta arriba, pero el paisaje merece el esfuerzo. Y si te gusta, tienes carril bici.

—De momento no tengo bicicleta, pero probaré la ruta, gracias, Daniel.

—A tu servicio.

El hombre se metió en la cocina e Irene continuó disfrutando de la comida. Qué lástima que estuviera comprometido. Le había parecido un tipo estupendo y encima, cocinero. Todos los buenos estaban pillados.

Se despidió tras una pequeña discusión debido a que no le dejaron pagar por ser su primera comida, pero lo agradeció prometiendo volver.

Se descalzó y caminó por la arena, sintiendo la humedad en sus pies, la suave brisa que revolvía su cabello ondulado y cada vez más convencida de que había tomado la decisión correcta.

Capítulo 2. Perspectivas

Dos días después de instalarse y de haber compartido confidencias con Carmen, Irene pensó que ese lugar era todo un acierto. No se extrañaba de que su amiga estuviera tan contenta. Y, además, estaba embarazada de nuevo. Se alegró mucho por ella. Siempre le gustaron los niños.

Entró en el consultorio y saludó a Beatriz, que ya tomaba café con la doctora. El pediatra no estaba y ella preguntó por él, de forma inocente.

—A veces llega tarde. Se va a hacer deporte todos los días, a correr. Ya has visto que está en muy buena forma —dijo Beatriz guiñándole el ojo. Irene se sirvió un café y no dijo nada.

—Creo que no tiene pacientes a primera hora, de todas formas —dijo la doctora, acallando a Beatriz. Se marchó y la compañera se encogió de hombros.

—Lo ha adoptado como quien adopta a un cachorrito, aunque este de eso no tiene nada. Un día lo vi en pantalón corto y ¡mamma mía!, me entraron los calores de la muerte.

—Beatriz, por favor —dijo Irene sonrojándose—. Me voy a preparar la consulta.

—Este fin de semana te llevaré a un sitio muy chulo. Aunque sea mayor que tú, me parece que salgo más, y te presentaré al grupo de solteras de la zona —dijo riendo mientras ella salía hacia la consulta.

Preparó las dos vacunas que tenía que poner y algunos apósitos, luego se sentó para revisar la lista de pacientes. La puerta que comunicaba con el despacho del pediatra se abrió y Pedro se asomó.

—Irene, ¿podrías hacerme un favor?

—Claro, ¿qué necesitas?

—Pues que iba corriendo y me he tropezado y me he caído. Es la mano izquierda y creo que es un esguince. Si puedes vendármela, te lo agradeceré.

—Vaya, ¿te duele?

—No mucho. Pero prefiero que me pongas algo antes de que se me inflame. Luego iré a hacerme una radiografía al hospital. Yo diría que no hay rotura.

—Déjame ver. ¿Te lo ha mirado Teresa?

—Está ya con pacientes. Luego le digo.

Pedro se sentó en la camilla e Irene subió la manga del jersey, dejando ver un antebrazo torneado y con un tatuaje que empezaba en el codo. Examinó la mano de forma profesional y la movió con cuidado. Sus manos eran grandes y fuertes y ella empezaba a sofocarse por estar tocándolas. Nunca le había pasado con un paciente.

—Creo que no hay nada roto. ¿Te ha dolido cuando la toqué? —dijo ella levantando la cabeza. Él la miraba fijamente.

—No, no me ha dolido, la verdad —dijo él tragando saliva.

—Te pondré una venda para que no se mueva hasta que Teresa te lo mire. Tal vez no deberías trabajar.

—Solo hay cuatro o cinco niños, no quiero dejarlos sin atender. Luego tendré tiempo.

Asintió y colocó el vendaje de la forma adecuada. Luego, le puso un cabestrillo y al pasar por su cabeza, se metió entre las piernas, y se aupó para llegar, aunque él agachó la cabeza. Sus rostros quedaron muy juntos cuando él se incorporó.

Ella titubeó y él la miró de forma intensa, pero luego apartó la vista e Irene dio un paso atrás.

—Con eso creo que aguantarás la mañana. Si necesitas algo, me avisas.

La enfermera salió de la consulta más que alterada. Su corazón latía muy deprisa y empezaba a sentir un calorcito que no podía explicar. Claro, Pedro era guapetón sin duda, pero no, se dijo, no quería líos en el trabajo.

Abrió la puerta y allí vio a su paciente favorita, Aitana estaba sentada en una de las sillas, con una señora de unos sesenta, morena, bastante menuda. Si era la madre de Daniel, desde luego, se parecerían al padre.

—¿Podemos pasar? —dijo la mujer cuando vio a Irene.

—Claro, adelante. ¿Qué tal, Aitana?

—Muy bien. Esta es mi yaya Paqui, y ella es Irene, la nueva enfermera.

—Ya veo, ya —dijo la abuela sentándose en una silla. Parecía cansada.

—Veamos cómo llevas la herida. Pasa a la camilla.

La niña pasó y se subió a la camilla de un salto y la abuela suspiró. Irene corrió la cortina y se acercó a la mujer.

—¿Se encuentra bien? La veo pálida.

—Sí, sí, estoy algo cansada. Esta niña es muy movida y cuando no va al colegio, me agota.

—¿Se ha hecho analítica hace poco? —dijo ella mirándole los ojos.

—Pues no, la verdad.

—Cójase cita, que lo mismo está falta de hierro o de vitaminas. Y necesita estar fuerte para cuidar un terremoto de seis años.

—Está bien, así lo haré. Es que ella solo me tiene a mí, ¿sabe? No tiene madre —susurró.

—¿Su madre murió? —contestó ella con el mismo susurro.

—No, peor.

—¡Ya estoy! —dijo Aitana desde la camilla.

Se acercó a la pequeña que se había quitado el calcetín y el zapato. Los puntos parecían estar mejor, aunque uno de ellos seguía sin cerrar. La abuela se acercó.

—¿Ve? Este punto no acaba de cerrar. Supongo que es inútil decirte que no saltes mucho y esas cosas. —La niña puso cara de inocente—, así que le voy a dar una pomada cicatrizante a tu abuela para que te la dé cada día y luego se lo cubre, como ha hecho hasta ahora.

—Es su padre quien le hace la cura antes de irse a trabajar, pero se lo diré. Hoy no ha podido venir, al ser viernes, tienen mucho jaleo en el restaurante.

—Por supuesto. Y si necesitan que el fin de semana vaya a revisar el punto, llámenme que me paso. Les voy a dar mi teléfono.

Irene anotó su teléfono en un papel y se lo dio a la señora. No sabía por qué, pero quería ayudarlos mucho más. Le intrigaba lo de la madre de Aitana y se estaba preocupando por la señora, que tenía mal aspecto.

—Antes de irse, le tomo la tensión, ya que estamos.

—Pero esto es una consulta de pediatría —protestó apurada la mujer.

—No han venido todavía los pacientes, me cuesta un minuto.

Enseguida, terminó de curar a la niña y sacó la máquina de la tensión, le hizo retirar la manga a la mujer y sin darle más tiempo a protestar, enchufó el aparato. Como se temía, tenía la tensión muy baja.

—¿Toma usted alguna pastilla? Mire que, si le pasa algo, no podrá cuidar a la niña —dijo aprovechando que la pequeña había salido a la sala de espera.

—Es que no tengo tiempo, ¿sabe? Mi hijo trabaja casi todo el día, sobre todo el fin de semana y cuando está en el colegio, tengo que ayudarles en el restaurante.

—Eso está muy mal. ¿Cuándo se cuida usted? No puede ser, tiene que descansar. ¿Está usted casada?

—Mi marido murió hace dos años. Estar con Aitana es mi única alegría. No podría haber sobrevivido si no la cuidara. Él era cocinero, como mi Daniel y ambos trabajaban juntos. Entonces, mi chico tenía más tiempo, pero al morir su padre, ha tenido que hacer más horas. Y la crisis no da para coger más personal, si es lo que está pensando.

—Lo siento, Paqui. Pero igualmente se tiene que cuidar. De nada les va a servir si se pone enferma y tiene que permanecer en la cama. A lo mejor puede bajar el ritmo y, desde luego, se tiene que hacer unos análisis. El lunes la espero a primera hora para sacarle sangre y orina. Revisaremos todo.

La mujer sonrió y salió con Aitana, que estaba hablando con una niña más o menos de su edad. Ambas se fueron de la mano e Irene hizo pasar a la otra pequeña, para revisar un tapón del oído.

Después de dos niños más, entró a ver al doctor, que también había acabado. Era cierto que no había mucho trabajo, según le habían dicho, aunque el día anterior, atendieron a más de veinte.

—¿Qué tal vas? —dijo señalando la mano.

—Mucho mejor. Creo que no será nada. Una torcedura.

—Te lo debería ver Teresa. Es mejor que te lo diagnostique otro médico.

—Sí, señora —dijo él haciendo un saludo algo marcial— ¿Quieres un café? Enfrente del consultorio hay un lugar muy bonito, con bizcochos artesanos.

—Me encantaría.

Se puso su cazadora y avisaron a la persona de recepción que salían a tomar un café y que les llamase ante cualquier eventualidad y entraron en el lugar. Era un sitio muy coqueto, con sillas blancas desaparejadas y mesas de madera antigua. En la pared, solo había marcos, sin cuadros, lo que le daba un aspecto muy original.

Detrás de la barra creyó ver a alguien conocido y, cuando se volvió, ella le dirigió una sonrisa tímida.

—Hola, bienvenida a mi cafetería. Hola, Pedro —dijo ella tímidamente.

—Hola, Esmé. ¿Qué bizcocho tienes recién hecho para nuestra nueva enfermera?

—Tengo uno de calabaza y mascarpone, pero también otro de chocolate amargo con mermelada de frambuesa. ¿Qué te apetece?

—Qué difícil decisión, pero ante la duda, siempre chocolate —dijo Irene sonriendo—, y un café con leche.

—Lo mismo para mí —dijo Pedro.

—Es un sitio precioso —dijo mirando la decoración. Vio de reojo que Pedro miraba a la muchacha. Oh, oh.

—Sí, lo es. Desde que llegué al pueblo, suelo venir a menudo. Me encantan los bizcochos.

—Ya veo —dijo Irene.

Esme trajo los cafés con leche y dos generosas porciones de bizcochos con tenedores. Irene probó un trozo y sonrió.

—¡Esmel! Está delicioso —dijo en voz alta. Ella sonrió y siguió atendiendo a otro cliente.

—¿Qué tal te estás adaptando?

—Bien, la verdad. El piso es pequeño, pero muy soleado y está cerca de mi amiga Carmen, y el trabajo no es demasiado estresante, no como cuando estaba en el hospital.

—Habrá sido un gran cambio, supongo.

—Sí, pero para bien. No es que no me gustara estar allí, pero tenía digamos... conflictos personales.

—Algo así me pasó a mí. Y por eso acabé aquí.

—Bueno, pues aquí estamos.

Pedro sacó la cartera, pero Irene se le adelantó y pagó ella.

—Otro día me invitas tú.

Ambos volvieron al consultorio y él se fue a que lo viera la doctora mientras ella volvía a su consulta. Beatriz entró, ya que no tenía a nadie.

—¿Te has ido a tomar café con Pedro? Qué bien, a ver si te alegras el día.

—Beatriz, eres tremenda. Es un compañero, nada más. Y ha sido muy amable. No veas cosas donde no las hay.

—Bueno, ya veremos. Pero lo que vas a hacer hoy es irte a la tienda de ropa de mi amiga Paula, que está en la plaza y ahí te compras ropa interior sexy para triunfar este fin de semana, que ha venido un viaje organizado...

—Mira, Carmen, los jubilados no me van...

—Que no, que es un viaje de un congreso que organizan de no sé qué de empresarios y habrá de todo tipo de gente y seguro que de tu edad o más jóvenes. Chica, que eres muy joven y te tienes que dar una alegría al cuerpo.

—Pero es que yo no soy de las de aquí te pillo y aquí te mato. Me gustan las relaciones tranquilas, conocer a alguien y luego, lo que surja.

—Y me parece bien. Pero de esas ya has tenido ¿no? Puedes probar otra cosa. O te crees que yo no era así. Yo estuve casada con el primer novio durante treinta y un años, para que luego se largase con otra. Y me quedé pasmada. Durante un tiempo estuve sin salir, sin divertirme, porque pensé que yo era la que no valía. Pero luego, me di cuenta de que la vida era divertida y que no tener una persona a tu lado tampoco es imprescindible. Tengo un grupo de amigas aquí, desde los treinta y cinco hasta yo, que soy la mayor. Nos divertimos muchas juntas: salimos, vamos al cine, nos contamos nuestros problemas y lloramos si hace falta. Pero también nos damos esos caprichos de ir con hombres cuando queremos, sin tener que dar explicaciones a nadie.

—Si no digo que no esté bien, pero no sé si yo...

—No te voy a obligar a que te lées con nadie, Irene, por supuesto. No necesitas a nadie para ser feliz, solo que el sexo es divertido, sentirte deseada, independientemente de la edad que tengas, es una pasada, como dice Marga, y ya sabes las hormonas que se producen tras el acto sexual, que eres enfermera.

—Ay, vale, vale. Iré a por ropa sexy, pero no te prometo nada.

—Esa es mi chica. Esta tarde, a las ocho, en la cafetería de la plaza. De ahí nos iremos a cenar donde Daniel y luego al disco bar. Ponte guapa, más de lo que eres.

Irene sonrió al ver marchar a Beatriz. Sí, era cierto que los últimos meses, quizá el último año, el sexo con su ex se había vuelto rutinario y, además, ella había cogido algo de peso. No se sentía muy atractiva. Quizá un subidón de autoestima no le vendría mal. Y si eso pasaba por comprarse ropa interior sexy, y sentirse bonita, bueno, tampoco hacía mal a nadie.

Capítulo 3. De fiesta

Irene acabó de trabajar y, tal como le había prometido a su nueva amiga, se fue para la tienda de la plaza. La calle estaba animada, el tiempo acompañaba y se empezaban a ver los primeros turistas jubilados, pero también algunos hombres y mujeres más arreglados.

—Los empresarios —se dijo. Y sí, era cierto que había de todas las edades. Pero como le había dicho a Beatriz, le costaba dar ese paso de acostarse con el primero que encontrara. Nunca se consideró apocada en temas sexuales, quizá solo es que había perdido la práctica.

Puede que con algo de lencería sexy se sintiera más atractiva. Entró en la tienda de la tal Paula, una mujer de unos cuarenta y tantos bien llevados, algo entradita en carnes, con una sonrisa preciosa y ojos enormes. Era una tienda de ropa para todo tipo de personas y ocasiones. Mientras la dueña estaba atendiendo a una señora, Irene aprovechó para echar un vistazo. Encontró algún vestido que podría encajarle, de su estilo, informal, algo boho, colorido y decidió comprarse uno en tonos turquesa. Luego pasó a ver la ropa interior y estuvo pensando qué comprarse. ¿Rojo? ¿Negro? Necesitaría algún consejo. Se sentía algo fuera del mercado. ¿Qué se llevaba ahora? Con un conjunto rojo y otro negro en la mano, los levantó y los estaba mirando alternativamente, cuando alguien carraspeó detrás de ella. Se volvió y vio a Daniel, que sonreía. Ella se sonrojó.

—¿No te decides?

—Esto... pues no, la verdad —dijo ella intentando disimular la vergüenza.

—El rojo es atrevido, pero el negro es muy sexy y elegante, seguro que te quedaría bien —dijo Daniel mirándola fijamente.

Ella tragó saliva y asintió.

—Entonces me quedo el negro.

—¿Has quedado, entonces?

—Beatriz y unas amigas, que me quieren llevar por ahí.

—Haces bien. Yo no suelo salir mucho, pero bueno, con Aitana es complicado.

—Tienes a Esme.

—Sí, bueno. En fin, voy a recoger el encargo de mi madre y me voy corriendo para el restaurante. Creo que te veo luego, ¿no?

—Sí, vamos a cenar allí.

—Gracias por todo.

Sin saber por qué, Daniel se agachó y le dio un beso en la mejilla, se acercó al mostrador y recogió el paquete que tenía Paula para él. La saludó con la mano y se fue de la tienda. Irene se quedó un poco parada, sintiendo todavía los labios de él en su rostro. La señora que atendía Paula se fue y ella se acercó.

—Hola, soy Irene.

—Ya imaginaba. Oye, ¿Daniel te ha dado un beso? ¿Lo conocías ya?

—Ehh, bueno he tratado a su hija, supongo que será por eso. Mira me llevo el conjunto negro y este vestido.

—Sí, pero este vestido es muy informal para hoy, nena. Vamos a ir de cena y a romper corazones —dijo riéndose.

Paula salió de detrás del mostrador y se dirigió hacia el otro lado donde tenía vestidos largos. Rebuscó entre ellos y exclamó triunfante.

—Este vestido es ideal para ti. ¡Mira!

Sacó un vestido de tirantes negro, con tela ligeramente brillante por el escote, ceñido en la cintura y luego ligeramente *evasé* en la cadera.

—Pruébatelo. Es de una diseñadora colombiana que me dejó de traer ropa, porque se fue a París, pero me quedaba este. Yo creo que estaba esperando la persona adecuada.

—Pero igual es muy caro.

—Es el único que me queda. Si te vale, te lo regalo. No te preocupes. Seguro que algún finde te molestó con alguna pregunta médica. Así me aseguro de que no te sabe malo —soltó una carcajada.

—Lo haría con gusto, de todas formas. Es precioso.

Irene pasó a probárselo, con el conjunto de lencería negro que alzaba su pecho y se encajó el vestido. Resaltaba sus curvas de tal forma que se veía muy deseable y atractiva.

—Me parece que las demás nos vamos a comer una rosca —dijo Paula mirándola con admiración—. Bien maquillada y peinada, vas a estar espectacular. Hoy triunfas seguro. Bea me ha contado que vienes de una mala experiencia. No me ha dicho nada más, tranquila, pero aquí todas hemos pasado lo nuestro. Mi marido me maltrataba y tuve que largarme con una mano delante y otra detrás, ya hace doce años. Me vine aquí y me acogieron de maravilla. Por eso te digo que este es un lugar mágico.

—Siento oír eso.

—Bueno, ya lo tengo superado, más o menos. He vuelto a tener alguna relación y sé que él sigue en la cárcel, por otros motivos, así que en ese aspecto estoy tranquila.

—Cuenta conmigo para lo que necesites, Paula —dijo dándole un abrazo. Ambas se fundieron durante un rato, tocando sus corazones doloridos y consolándose por las penas ocurridas.

—Venga, ve a ducharte, te lavas el pelo, y te pones bien guapa y nos vemos a las ocho, cuando cierre la tienda. Hemos quedado y te presentaremos a Marga, porque hoy las demás no pueden venir.

—Genial, nos vemos luego.

Irene se fue para su casa con dos vestidos, un conjunto de lencería nuevos y, sobre todo, con una estupenda amiga con la que contar. Así que se dio un baño caliente, se depiló con esmero, por si acaso, y luego se maquilló natural, pero resaltando sus ojos, que siempre le habían dicho que los tenía bonitos. Cogió una cazadora vaquera que hacía contraste con el vestido y se puso unas sandalias de medio tacón y se fue hacia la plaza, dispuesta a pasar una noche

estupenda. No le importaba en absoluto si acababa acostándose con alguien o no, porque sabía que con sus nuevas amigas lo iba a pasar de maravilla.

Beatriz llevaba un vestido color salmón que destacaba su piel morena, no por nada tomaba el sol todo el año y Marga, a quien presentó, era una chica alta y delgada, de risa fácil y que llevaba unos pantalones blancos con un top del mismo color. Paula salió de la tienda vestida con un top drapeado verde y pantalones brillantes en dorado. Beatriz la miró de reojo.

—¿Muy exagerada? —dijo Paula dando una vuelta, y todas nos reímos.

—Estás muy guapa —dijo Beatriz a Irene—, hay que ver lo que ganamos cuando nos arreglamos.

—Bueno, no vamos a ir al consultorio así —contestó Irene.

—Si fueras así, a algún doctor se le saldrían los ojos.

—Ah, no empieces. Y una cosa os digo, chicas —dijo Irene parándolas y poniéndose delante de ellas—, sin presión para acostarse con nadie, ¿vale? Si surge, bien. Si no, nada.

—Tranquila —dijo Beatriz—, aquí la única sexualmente activa soy yo, la más mayor —dijo señalándose con dramatismo—, así que cada una a su ritmo.

Las cuatro caminaron hacia el restaurante de Daniel, contando historias sobre ellas, sobre su día a día y riéndose divertidas de las anécdotas que relataba Marga. El camarero, hermano mayor de Daniel, las atendió con excesiva cortesía a todas, aunque no le quitaba los ojos de encima a Beatriz. Las acomodó en la mejor mesa y les dejó la carta.

—Oye, el hermano de Daniel, ¿está casado? —preguntó Irene. Beatriz se removió inquieta.

—No, ¿por qué lo preguntas? Es un poco mayor para ti —dijo su compañera.

—Qué va, no para mí, para ti. Se te come con la mirada.

—Ah, bueno, eso —dijo ella sonriendo—. Es que es seis años menor que yo. Y no sé...

—Es guapetón.

—Como su hermano ¿no? —dijo Paula—, se lo encontró en la tienda y le dio un beso de despedida a Irene.

—¿En serio? —dijo Beatriz abriendo mucho los ojos.

—Estábamos hablando de ti, no cambies de tema.

—Bueno, que sí, me ha pedido salir, pero... es que no quiero perder mi libertad de ir y venir, de hacer lo que quiera. No quiero tener una pareja formal para siempre.

—Todo es hablarlo y quedar en algo que os convenga a los dos. De todas formas, él siempre está trabajando en el restaurante, poco os veríais de todas formas —dijo Marga.

—En eso te doy la razón. Me lo pensaré.

—¿Y qué pedimos? —dijo Irene mirando la carta.

—Hola, ¿me permitís aconsejaros? —dijo Daniel acercándose a la mesa. Se quedó mirando apreciativamente a Irene—. Estás muy guapa.

—¿Y las demás qué? —dijo Beatriz—. Mira, Daniel que te conozco desde hace años.

—Disculpad, estáis preciosas las cuatro —dijo él algo azorado—. Bueno, os recomiendo la dorada, está fresca, recién traída de la lonja. Y también he hecho un pastel de marisco que está buenísimo. O puedo traer unos entrantes.

—¿Sabes qué, Daniel? —dijo Beatriz—. Trae lo que tú consideres, si las chicas no tienen problema.

Todas asintieron y él retiró las cartas.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Irene? Serán un par de minutos.

—Claro, por supuesto.

Beatriz puso los ojos en blanco y Marga le dio con la servilleta cuando Daniel tomó del brazo a Irene para llevarla a su despacho.

—Dime, ¿ocurre algo?

—No, nada, que quería darte las gracias por preocuparte por mi madre. Me lo ha contado lo de su tensión y lo de los análisis y, de verdad, muchas gracias, porque si no fuera por ella, no sé qué haría.

—Ya, claro como Esme también trabaja muchas horas...

—Bueno, en cuanto a eso... ella y yo no somos precisamente una pareja normal.

—¡Daniel! Que se acumulan los pedidos —gritó su hermano desde fuera.

—Me gustaría hablar un día contigo sobre muchas cosas, Irene. Si puedes.

—Claro, sí.

Daniel acarició su rostro con la mano y luego la dejó caer. Abrió la puerta y ambos salieron. Cuando volvió a la mesa, todas la miraron expectantes.

—No ha pasado nada. Pero ha sido muy extraño. Luego os cuento.

—Ay, Dios, pero ¿qué está pasando? —dijo Paula—. Esto es más emocionante que las novelas de Anne Aband.

—Por favor, vamos a cenar y ya hablaremos.

—Luego te vamos a llevar al mejor pub del pueblo, tiene billar y todo —dijo Marga.

—Es el único pub del pueblo —dijo Beatriz riéndose—, bueno hay dos cervecerías, pero con música para bailar, solo ese. Y también tenemos una discoteca.

—Me parece un plan perfecto.

—Aquí traigo los entrantes para las mujeres más bonitas del pueblo —dijo el camarero dejando varios platos con una pinta estupenda en el centro de la mesa.

—Muchas gracias, Antonio —dijo Beatriz con voz melosa—. Eres un encanto.

El hombre sonrió de oreja a oreja y se fue tan contento.

—Pues es verdad. Está coladito por mí —dijo Beatriz asombrada.

—Hace días que te lo hemos dicho, pero no haces caso —dijo Paula.

Después de disfrutar de la estupenda cena y de despedirse de Antonio, ya que Daniel estaba muy ocupado, caminaron por el paseo marítimo, sintiendo la brisa suave del mar.

Beatriz e Irene iban por detrás, mientras las otras dos caminaban delante.

—Entonces, ¿estás contenta de vivir aquí?

—Sí, y mucho de ello te lo debo a ti.

—A mí no me debes nada, mujer. Si fueras una siesa no te hubiera dicho nada. Pero me caíste bien desde que, nada más llegar, te pusiste a trabajar sin decir esta boca es mía. Ahí vi que nos íbamos a llevar bien.

—Tus amigas son geniales. Paula me ha contado algo...

—Sí, menudo cabrón su ex. Ya te contará si ella lo considera y Marga, pues también tiene sus cosillas. Y, por cierto, ya no son mis amigas, son nuestras amigas

—Gracias, de verdad —dijo Irene tomando del brazo a Beatriz.

—Venga, chicas, que primero tenemos que echar una partida de billar y nos van a quitar la mesa —dijo Marga apresurando el paso.

—¿Sabes jugar?

—Algo —dijo Irene sonriendo.

Cuando llegaron al pub, solo había un grupo de adolescentes que terminaban una partida y enseguida les dejaron la mesa. Hicieron dos equipos. Marga con Beatriz y Paula con Irene. Se pidieron unos gin-tonics y comenzaron a jugar. Poco a poco, se fue llenando el pub con esos empresarios que habían venido al congreso y, como había supuesto Beatriz, los había de todas las edades.

La partida iba reñida porque Marga jugaba muy bien, Beatriz apenas acertaba, Paula no hacía más que dar varillazos a las bolas, pero Irene tuvo que confesar que había sido campeona de billar en su adolescencia. Aun así, Marga era realmente buena y algunas de las personas se apuntaron a observarlas.

Un hombre de unos cincuenta y tantos, todavía con el traje puesto, con la corbata en el bolsillo y pasado de copas, se acercó a la mesa y empujó a Irene que falló el tiro.

—Perdón, muñeca —farfulló. Irene se apartó del tipo, pero no pudo volver a tirar, porque la bola ya había pegado a las demás.

—Lo siento —dijo Marga—, hay mucho idiota suelto.

Ella tiró y metió varias bolas. Cuando le volvió a tocar a Irene, el tipo del traje volvió a acercarse. Ella lo vio de reojo y Beatriz le indicó que lo tenía detrás y que estaba haciendo gestos obscenos en su espalda.

Así que, ni corta ni perezosa, echó el palo hacia atrás, tan fuerte y alejado de su cuerpo, que le dio en sus partes nobles de refilón. El tipo aulló y se volvió para encararse con Irene, pero sus amigas se pusieron a su lado, con el palo de billar en la mano. Marga con la copa de gin tonic, dispuesta a estrellársela en la cabeza si era necesario.

Dos hombres se acercaron también a las chicas y el hombre no tuvo más remedio que retroceder y largarse.

—Se ha ido con el rabo entre las piernas —dijo Marga y todas se echaron a reír.

—¿Estáis bien? —dijo Pedro.

—Sí, gracias, un estúpido, sin más —dijo Irene.

—Este es Raúl, mi primo y por el que acabé aquí.

Se hicieron las presentaciones y dejaron el billar, para irse a un rincón y tomarse otra copa.

Pedro se acercó a Irene. La música estaba ya más alta y tuvo que hablarle al oído.

—Estás muy guapa, el negro te sienta bien.

—Gracias, hoy estamos de fiesta de chicas.

—Bueno, no quiero fastidiarla, nos iremos si eso.

—Ah, no te preocupes, mira Raúl parece haber congeniado con Marga.

Ambos estaban bailando en el centro de la pista, mientras Beatriz y Paula bailaban más discretamente en un lado.

—¿Te apetece bailar?

—No creas, hace mucho que no bailo. Yo soy más de agarrado y eso, de las fiestas de los pueblos, donde se baila en pareja.

—Ah, pues eso se puede arreglar.

Irene vio estupefacta cómo se iba hacia la cabina del disc jockey y hablaba brevemente con él.

Al cambio de canción, el ritmo cambió también.

—Hoy vamos a celebrar el cumpleaños de Irene con esta canción.

Pronto empezó a sonar Contigo en la distancia, de Luis Miguel.

—¿La conoces?

—Me encanta Luis Miguel. Has acertado de pleno. Aunque tú eres muy joven para conocerlo.

—No tanto —dijo sonriendo.

Pedro la tomó de la cintura y ella pasó los brazos por su nuca. Y entonces, él empezó a cantar susurrando. Su voz era ronca y melodiosa. Irene pensó que su corazón podría salirse del pecho.

*No existe un momento del día
En que pueda apartarme de ti
El mundo parece distinto
Cuando no estás junto a mi
No hay bella melodía
En que no surjas tú
Ni yo quiero escucharla
Si no la escuchas tú*

Pedro se acercó y le dio un suave beso en la mejilla y entonces Irene reaccionó. ¿Qué estaba haciendo? No se iba a liar con el médico del consultorio que encima era más joven que él.

Se apartó un poco, aunque el calor que tenía no era normal.

—Pedro, no creo que esto sea una buena idea... somos compañeros de trabajo.

—Bueno, solo estamos pasándolo bien... no creo que...

—No, mejor me voy con mis amigas, ¿vale? Que no te moleste, por favor.

—Está bien, no pasa nada.

Irene se alejó de Pedro porque sentía que iba a flaquear y no estaba preparada para nada todavía. Si seguía teniendo pesadillas con su ex. Eso de que un clavo saca otro clavo no estaba hecho para ella.

Marga también estaba con las chicas y no le dijeron nada.

—Nos vamos a bailar, que esto se está poniendo muy soso —dijo Beatriz.

Las cuatro salieron a la calle, más despejadas y caminaron por el paseo marítimo.

—Ay, no sé si quiero más marcha ni más ligoteo, chicas —dijo Irene.

—Claro, como tú ya has ligado hoy dos veces —contestó riéndose Paula.

—No, en serio. Creo que mejor me iré a casa. Ya son las dos y estoy muerta de sueño. Supongo que tengo que acostumbrarme de nuevo a salir.

—Está bien, te dejamos marchar por hoy —dijo Beatriz dándole un achuchón—. Mándanos un mensaje cuando estés en casa para saber que has llegado. Y el próximo día te quedas hasta el chocolate con churros.

—Te lo prometo. Os lo prometo. Pero por hoy es suficiente.

Después de darse un cálido abrazo, las amigas se dirigieron hacia la discoteca e Irene se fue caminando tranquilamente hacia su casa. Pasó por delante del restaurante de Daniel, donde ya estaban recogiendo y saludó a Antonio, que buscó con la mirada a Beatriz. Ella se encogió de hombros. Llevaba unos minutos caminando hacia su casa cuando alguien la alcanzó.

—¿Puedo acompañarte a casa?

Capítulo 4. Errores o no

Caminaron juntos y en silencio durante un par de minutos. Irene no sabía qué pensar. Por una parte, estaba un poco achispada de los gin tonics y la noche era preciosa...

—Sales muy tarde de trabajar —dijo por romper el silencio.

—Sí, es lo habitual —contestó Daniel—. ¿Lo has pasado bien? Hoy había ambiente, por lo del congreso y tal.

—Sí, un pesado se nos acercó, pero entre las chicas y que también estaba Pedro, el pediatra, por ahí con su primo, lo echamos —sonrió pensando en el golpe sutil en sus partes nobles.

—Ah, ya veo. O sea, ¿sales con Pedro?

—¡Daniel! Llevo aquí muy poco tiempo y después de mi experiencia personal, ni ganas de salir con nadie —exclamó sin pensar. Daniel se quedó parado, pero luego continuó caminando a su lado.

—Perdona. Tienes razón. Todavía no conoces a fondo a nadie. Aunque supongo que este es un sitio pequeño y has causado impacto en algunas personas.

—Ja —dijo Irene mientras sacaba las llaves de su casa.

—Vives muy cerca.

—Sí. Gracias por acompañarme, aunque no parece peligroso, todavía no conozco el lugar.

—Oye, de verdad que me gustaría quedar algún día a tomar un café y contarte algo.

—Daniel, no sé si quiero saber lo que quieres decirme —suspiró Irene.

—Bueno, no sabes qué es —sonrió él y se acercó a ella un paso.

—No sé, pero me lo imagino —dijo ella, pero no se apartó. Daniel le atraía más de lo debido, pero ella no era de las personas que se entrometía en una relación.

Él se acercó a ella y poco a poco, sus labios rozaron los de ella, dándole un suave beso que estremeció su cuerpo. Se apartó.

—De verdad que tengo que hablar contigo.

El sonido del teléfono los sobresaltó.

—Mis amigas, que quieren saber si he llegado.

—Te veo otro rato. Chao.

Daniel se alejó y ella se giró para abrir la puerta, se le cayeron las llaves, luego el móvil, hasta que al final, consiguió entrar, enviar un mensaje a sus amigas y preguntarse qué narices había pasado.

Se miró en el espejo y se vio bonita, pero ¿tanto como para encandilar a dos hombres? Esto no le había pasado en la vida, claro que desde que empezó a salir con su ex, estuvo fuera del tema del ligoteo. Comenzó a reírse. Había tenido que ir allí para encontrar a dos personas interesadas en ella. Se desmaquilló y se metió a la cama.

Al día siguiente, había quedado con Carmen a desayunar y tenía que contarle todo.

Se desperezó al escuchar el sonido insistente del móvil. Miró la hora y se asustó. ¡Las once! ¿Hace cuánto no dormía tanto? Habían quedado a las once y cuarto en la cafetería de la plaza y se tenía que duchar.

Carmen la llamaba.

—Holaaa, ¿estabas durmiendo? ¿Quién eres tú y dónde está mi amiga?

—Ah, que ayer salí con Beatriz y las chicas.

—Qué suerte tienes, como yo tengo nauseas, aquí estoy. Pero te llamo porque me voy a retrasar un poco. Así que mira, te va bien. ¿A las doce?

—De maravilla.

Se levantó más animada y fue a la ducha, y después, sin casi secarse el pelo, salió con su nuevo vestido turquesa, sintiendo el sol de primavera, casi verano, en su piel, que ya empezaba a tostarse. Se sentó en la terraza de la

cafetería donde habían quedado y una amable camarera salió a atenderla. Pidió un café con leche y una tostada con tomate y jamón. Adoraba los desayunos mediterráneos y ese día se sentía muy animada. Y confusa.

Carmen llegó con su incipiente barriguita y su cabello corto y rubio revuelto. Se abrazaron con cariño y miró con envidia el jamón.

—Qué suerte, a mí me lo han prohibido. Tomaré un té y una tostada con mermelada solo —dijo a la camarera cuando salió.

—¿Qué tal te encuentras?

—Mejor. Espero que en este segundo trimestre desaparezcan las náuseas. Te veo guapísima, por cierto.

—Ay, gracias. No sé qué pasa, pero vivir aquí me está cambiando la vida. Te agradezco tanto que me convencieras...

—Era tu momento, Irene. Yo solo te di un pequeño empujón. ¿Y qué tal ayer?

Irene se mordió el labio. Estaba deseando contarle todo y a la vez, se sentía un poco nerviosa por contarle el beso le había dado Daniel. Carmen conocía a Esme.

—Pues fue divertido, y a la vez, raro.

—Ya me estás contando, que estoy aburrida de estar en casa metida.

—Tú lo has querido.

Mientras iban desayunando, Irene le contó la cena con las chicas, el coqueteo con Antonio y Beatriz, el incidente del billar, el baile con Pedro y finalmente, lo de Daniel. Su amiga había dejado la tostada y la miraba con los ojos de par en par.

—Pero, pero, pero... ¡estás imparable! ¿Qué les das, chica?

—Yo no les doy nada y sabes que no quiero líos ni relaciones, después de la que he tenido.

—Nadie habla de que tengas una relación, pero a lo mejor te puedes dar una alegría al cuerpo.

—Y dale. Ya sabes que no me va. Y son conocidos.

—Pues hazlo con un desconocido. Y chica, que solo es cuestión de probar. No pasa nada por tener relaciones esporádicas con hombres o mujeres, si se tercia y te apetece. Que eres una mujer adulta y libre.

—Lo sé, lo sé. Puede que todavía no esté habituada a eso de ser libre. Quizá solo necesito un poco de tiempo.

—El pediatra es muy guapo, pero no sé si es la mejor idea —dijo Carmen pensativa—, trabajando los dos juntos, para un polvo no lo veo. Y Daniel está con Esme, aunque si te digo la verdad, no es una relación muy normal. Se conocen desde críos y cuando le pasó lo de su hija, ella se quedó muy decepcionada.

—¿Qué le pasó a Daniel?

—Supongo que te enterarás más tarde o más temprano, así que te lo cuento yo. Mi marido, que ya sabes que ha vivido aquí toda la vida, me lo comentó un día que fuimos a comer a su restaurante y salió la nena. La verdad es que la historia es rara y un poco triste.

» Daniel empezó a trabajar en el restaurante de su padre desde muy jovencito, pero debía de tener ganas de ver mundo y un verano que llegó una familia de turistas alemanes con una hija de unos dieciocho años, se enamoraron y se fue con ellos allí. Para sus padres fue un gran disgusto, pero lo aceptaron, qué iban a hacer. Al año, la parejita volvió con una pequeña recién nacida allí, para vivir en la casa de la abuela que acababa de fallecer. Daniel se reincorporó al restaurante y ellos recibieron con agrado a la muchacha y a la nieta. Pero la chica no se adaptó al pueblo. Por lo visto, quería estudiar en la universidad y no veía futuro aquí. Así que cuando Aitana tenía unos diez meses, un día se fue. Le dejó una carta. Daniel viajó a Alemania para buscarla, pero volvió solo. Ella quería a su hija, pero deseaba tener una vida profesional que no podría con alguien a su cargo. Firmaron los papeles para cederle la patria potestad y Daniel

se quedó con la nena. Su madre, que trabajaban en el restaurante, lo dejó para cuidarla y él se entregó al trabajo y a su hija.

—¿Y Esme?

—Ella estuvo siempre pillada por Daniel. Sus padres eran amigos y no sé, supongo que al final, él se decidió a salir con ella. No sé las razones. No sé tampoco si la quiere o no, pero si te besó, o es un desleal, que no creo, o está por ella por estar y tú le gustas.

—Apenas me conoce, no puedo gustarle.

—A veces te sientes atraída por una persona sin saber por qué, y despierta en tu corazón cosas que creías dormidas.

—Qué poética te has vuelto, Carmen —sonrió Irene.

—Solo te digo que, si él te ha pedido que hables, no sé, dale una oportunidad. No sabes si quiera qué te va a decir.

—Ya, pero no quiero romper una pareja. Imagínate, además, en un pueblo tan pequeño.

—Eso sí. Por eso, hay que ir de cara. Si él te gusta y tú le gustas a él, lo mejor es decir las cosas.

—El caso es que todavía no lo sé. Mi cabeza me da vueltas.

—Eso es por los gin tonics que tomaste ayer, pero sí, chica, has llegado al pueblo y mira, ya tienes dos posibles candidatos.

—Mejor hablemos de otra cosa, porque me está doliendo la cabeza.

—Está bien, bonita. Y que sepas que cuando me encuentre bien, me iré con vosotras por ahí de fiesta, aunque no beba.

—Me encantará.

—Y yo creo que lo mejor que podrías hacer, con respecto a este tema, y ya lo dejo por terminado, es conocerlos a los dos, ver si sois compatibles, si os lleváis bien. Queda a hablar con ellos, y sabrás con quién te encuentras más cómoda o si no lo haces con ninguno. Que hay muchos peces en el río.

Irene se echó a reír y le dio un pequeño abrazo a su amiga. Continuaron charlando del trabajo de Carmen y de otras cosas, con risas y confidencias. Después del desayuno se fueron caminando hacia la playa, donde los turistas se afanaban por tomar el sol e incluso algunos ya se estaban bañando en el mar.

—Vivir al lado del mar es una experiencia maravillosa. Solo escuchar las olas, ya te relaja. Y el ambiente, el olor... —dijo Carmen inspirando profundo.

—Sí, lo es. ¿Te he dicho ya lo mucho que te quiero por haberme traído hasta aquí?

Carmen sonrió y tomó del brazo a su amiga.

—¿A quién no le gustaría que su mejor amiga fuera a vivir al mismo lugar apartado? Algo egoísmo de mi parte también hubo, no creas —sonrió—, pero yo también te quiero.

El móvil de Irene comenzó a sonar, sobresaltándola. Un número desconocido.

—¿Sí?

—¡Necesito ayuda! —dijo una voz aguda.

Irene miró alarmada a Carmen. Ya sabía quién era y dónde tenía que ir, así que le dio un beso y salió corriendo.

Capítulo 5. Una urgencia

Irene miró Google para saber dónde estaba la calle y descubrió que estaba a diez minutos del restaurante. Corrió hacia allá, dejando preocupada a Carmen, que le preguntó si llamaba a una ambulancia. Pero realmente no sabía qué ocurría. Aitana, que es quien la había llamado, no le había explicado qué sucedía.

Sudando, llegó a la casa y llamó a la puerta. Era una de esas casas bajas con cortina de tela en la puerta, aunque estaba cerrada. Aitana abrió la puerta y la miró apurada.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien? ¿Tu abuela?

—Mi abuela está en casa de mi tía, es mi papá. Hoy no tenía que ir a trabajar, pero no se encontraba bien y creo que se ha mareado. No sabía a quién llamar.

—Has hecho bien. ¿Dónde está?

—Ven.

La pequeña la tomó de la mano y la acompañó por la sencilla casa hasta el dormitorio principal, donde estaba echado Daniel. No llevaba camiseta y aunque estaba tapado en parte, no pudo dejar de admirar su cuerpo fuerte y sano. Él levantó la cabeza y miró a Aitana con reproche.

—Te dije que no llamas a nadie.

Intentó levantarse, pero se mareó e Irene corrió a sujetarlo para que no se cayera de la cama.

—Haz el favor de quedarte echado. ¿No tendrás un aparato de la tensión?

—Sí. Mi madre tiene uno. Anda, Aitana, ve por el aparato de la yaya. ¿Sabes cuál?

—Claro que sí, papá —dijo ella con cara de suficiencia. Irene no pudo dejar de sonreír, pero luego se volvió hacia él.

—Ayer estabas bien. ¿Qué te ha pasado?

—A veces tengo bajadas de tensión. Se me pasa enseguida. No es nada.

—¿Pero te lo ha mirado Teresa?

—No tengo tiempo de ir al médico.

—¿Será posible? Eres un cabezota. O sea, tienes tiempo de hacer recados para tu madre o de traer a la pequeña, pero ¿y tú qué? ¿No tienes tiempo de cuidarte?

—¿Qué pasa, Irene? —dijo Aitana con el aparato y el rostro serio.

—Pues que tu papá es un cabezota y que debería tomar unas pastillas para la tensión y así no se marearía, pero por no ir al médico...

—Anda, Aitana, prepáranos un poco de agua y unas galletas, ¿quieres?

—Sí, papa. ¿Pero te pondrás bien?

—Ya sabes que sí.

Aitana salió de la habitación y Daniel se volvió hacia Irene que ya estaba poniéndole el tensiómetro.

—La has asustado. Por favor, no comentes esto.

—Pero Daniel, es que, si no te cuidas y te pones enfermo, ¿qué va a pasar? Tu madre está muy fastidiada y tienes una hija pequeña. Sé que está Esme, pero ella también trabaja. No sé, deberías cuidarte.

—Está bien, esta semana iré al médico y que me haga un chequeo.

—¿Me lo prometes?

Daniel sonrió y acarició el rostro de Irene.

—Te lo prometo.

Irene comprobó la tensión y lo miró preocupado.

—Para un hombre tan grande como tú, la tensión es sumamente baja. Hablaré con Teresa para que te haga una revisión completa. ¿Cuántas veces te ha pasado en el último mes?

—No sé, dos o tres veces.

—Pero es mucho. Ay, Daniel, no te cuidas nada. ¿Tienes mareos, vértigos, mala gana?

—Sí, suelo estar una hora regular, pero luego estoy mejor. Hoy íbamos a pasear a la playa, pero...

—Necesitarías hacer un poco de reposo. Me ha dicho Aitana que tu madre no está. Me quedaré a haceros la comida.

—Quédate a comer. Suelo traer alguna cosa del restaurante y está la nevera llena. Puedes usar lo que quieras.

—Pero te quedas en la cama sin moverte.

Daniel se echó y puso los brazos debajo de la nuca, sonriendo. Irene tragó saliva. En ese momento, se echaría con él y le levantaría la tensión y lo que hiciera falta. Si no hubiera estado Aitana. Y Esme, claro.

—No has llamado a Esme.

—No. No la hemos llamado. Es sobre lo que te quería hablar. Ella y yo no somos una pareja normal. Estamos juntos solo porque un día empezamos a quedar. Pero ella no me ama y yo a ella tampoco. Me gusta y la aprecio, pero no la quiero como una pareja.

—No sé si ella lo sabe. Deberías hablar si realmente es una relación así. No está bien. Le estás haciendo daño.

—Sí, quiero hablar con ella, pero... no sé ni cómo empezar.

—Compórtate como una persona noble, como creo que eres y ve de frente. Con eso creo que será suficiente.

Irene se dirigió a la cocina, donde Aitana se esforzaba por preparar unos vasos con agua y unas galletas saladas.

—Anda, llévale esto a tu papá y luego vuelves a ayudarme para preparar algo de comer. ¿Te apetece que me quede?

—¡Síiii! —dijo ella llevando la bandejita con cuidado hasta el dormitorio.

Enseguida volvió e Irene abrió la nevera. Lo cierto es que estaba muy bien surtida, con todo tipo de alimentos metidos en táperes. Irene disfrutó como si estuviera en un buffet libre y al final, entre las dos, prepararon algo de ensalada, un poco de arroz negro, guiso de pescado y albóndigas de pollo con salsa.

—Anda, pon la mesa que voy a ver si tu padre necesita ayuda.

Irene fue hacia el dormitorio y Daniel se había sentado. Solo llevaba un pantalón corto y ella se sentía algo incómoda.

—¿Te traigo una camiseta?

—Sí, primer cajón. Gracias.

Abrió el cajón donde estaban las prendas muy bien ordenadas y sacó una negra y se la dio. Él se la puso y se intentó levantar. Enseguida, Irene se puso a su lado, para que se apoyara.

—Quizá debería traerte la comida a la cama.

—No, prefiero levantarme, estoy mejor.

Daniel se apoyó en Irene, pasando el brazo por sus hombros. Agachó la cabeza y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por esto. Ni siquiera te pregunté si estabas ocupada.

—Estaba con mi amiga Carmen, ella lo entiende.

Dieron un paso, pero antes de salir de la habitación, Daniel se apoyó en el marco de la puerta y se volvió hacia Irene.

—Me da igual mi situación con Esme, y me da lo mismo todo ahora.

Se agachó y le dio un suave beso, que se quiso hacer más profundo, pero Irene se retiró.

—No. No puedo. Lo siento. Mi ex me la pegó con otra mujer y yo no quiero hacer lo mismo. Y Aitana está en casa.

—Está bien. Pero pronto te besaré en condiciones —dijo en el oído.

—Eso ya lo veremos —sonrió ella.

Lo acompañó hasta la mesa y se sentaron a comer. Aitana se veía feliz, bromeando con su padre y preguntándole a Irene sobre su trabajo. Daniel también se estaba recuperando, poco a poco.

Después de comer, Irene lo acompañó al sofá, aunque ya se encontraba mucho mejor. Le tomó la tensión, que ya había subido y lo dejó ahí, mientras iba a recoger los platos. Aitana le ayudó a limpiar la cocina.

—¿Sabes, Irene? Me gustas y no me importa que le puedas dar un beso a mi papá.

—Pero la novia de tu papá es Esme, no yo.

—Pero ella siempre está trabajando, nunca come con nosotros y, además, creo que ellos no se quieren. Nunca se dan besos como en las pelis que se pone mi abuela los sábados por la tarde.

—Ah, vale.

Irene no sabía qué decir. Si Daniel pensaba que su hija no se enteraba de nada, lo tenía claro. Con seis años, casi siete, sus ideas eran muy claras.

—De todas formas, Aitana, esto que quede entre tú y yo. No se sabe qué puede pasar y son tu papá y Esme los que tienen que hablarlo.

—Yo también tengo opinión —dijo ella enfurruñada.

Irene se echó a reír sin poder evitarlo y le dio un abrazo. Era una niña adorable, desde luego.

Se asomó al salón y vio que Daniel se había quedado dormido, así que lo tapó y se acercó a la niña.

—¿A qué hora vuelve tu abuela?

—Ella siempre viene de casa de la tía a las seis.

—Está bien. Son las cinco y media pasadas. ¿Podrás quedarte sola con papá hasta que venga?

—Claro, si cuando se echa la siesta mi yaya yo me pongo a jugar con la Tablet o a dibujar y no pasa nada.

—Lo bueno es que tienes mi teléfono y si pasa cualquier cosa, a cualquier hora, me puedes llamar. Incluso aunque sean las cuatro de la mañana. Tú llámame, ¿vale?

—Sí, Irene.

La niña se acercó y la abrazó, lo que hizo que a Irene casi se le saltaran las lágrimas.

Se despidió de Aitana, echando un último vistazo a Daniel, que dormía tranquilamente y caminó despacio hacia su casa, pensativa. Decidió llamar a Carmen para contarle todo lo que había pasado.

—No sabía que Daniel estaba mal —dijo Carmen cuando terminó—. Espero que no sea nada, porque la niña...

—Si tiene la tensión descompensada, con un tratamiento de pastillas se pasará. Pero tiene que mirárselo. Y... me ha dicho que no quiere a Esme.

—Por todo lo que me has dicho... estaba claro.

—Pero es demasiado pronto, no me quiero precipitar. Me da miedo, porque hay una niña y si luego saliera mal, ella podría sufrir.

—Entonces haz caso a tu instinto y no vayas deprisa. ¿Quién te obliga a hacerlo? Primero él tiene que romper con su novia y luego os tendréis que conocer poco a poco. Y ya se verá.

—Estoy tan confusa...

Irene se sentó en el banco que daba a la playa mientras miraba atardecer. Su amiga, al otro lado del teléfono, la consoló.

—Es normal. No pensabas que volverías a sentir de nuevo. Y por una persona que está en una relación, y con una nena. Y luego está Pedro. Por eso te digo que te lo tomes con calma. Mañana será otro día.

—Siento no haber terminado de desayunar contigo.

—Ah, pero eso tiene arreglo, mañana por la noche vente a cenar a casa y listo.

—Allí estaré.

Después de enviarse besos, Irene colgó y se quedó mirando el mar que llegaba a la playa en suaves olas. Algunos turistas aprovechaban los ultimísimos rayos de sol para permanecer en la arena, aunque la mayoría ya deambulaban por el paseo marítimo, mirando algunos puestos de artesanía locales que ya comenzaban a colocarse.

No sabía cómo iba a ir la temporada de verano, y si aumentarían mucho los pacientes, pero tampoco le importaba, porque estaba tan a gusto allí que incluso si se llenaba de turistas, sería agradable.

Un WhatsApp le entró en su móvil.

¿Mañana a las 7 tomamos café?

Vale, Beatriz

Tengo que contarte algo importantísimo

Me dejas en ascuas. Adelántame algo.

No, no, mañana. Chao.

Movió la cabeza y sonrió. Su compañera, siempre tan dramática. Seguro que sería algún ligue que se había echado este fin de semana. Se levantó y se fue para casa, relajada.

Capítulo 6. Noticias

Irene se levantó de buen humor y caminó hacia el consultorio sintiendo los suaves rayos de sol del mes de junio. El ambiente empezaba a estar más animado, se notaba en que los comerciantes llegaban antes a las tiendas, para dejar todo preparado y que las cafeterías abrían más temprano.

Cuando llegó al sitio donde habían quedado, Beatriz ya estaba ahí, tomándose su café con leche y dos tostadas. Ella pidió también lo mismo.

Se dieron dos besos cariñosos e Irene se sentó junto a ella, en una mesita que daba a la plaza, y donde, en un lado, se veía el mar.

—¿Qué tal el fin de semana? —dijo Beatriz.

Irene le contó lo del domingo, y ella se quedó bastante sorprendida.

—Es raro que la niña no llamara a Esme, lleva con ella mucho tiempo.

—Lo sé, y me siento mal por estar ahí en medio.

—Ya me imagino. Pero ellos tienen que solucionarlo. ¿A ti te gusta Daniel?

—Gustarme, me gusta, pero tengo todavía mi antigua relación en carne viva. No sé, creo que es muy pronto para salir con otra persona.

—¿Por qué? —dijo Beatriz mirándola a los ojos—. Es decir, si él te gusta y tú a él, ¿por qué esperar?

—Porque hasta ahora él ha estado con Esme y de la noche a la mañana no puede pasar de salir con una a salir con otra. No sé, imagínate qué pueden decir.

—Ay qué tontina eres. ¿Quién puede decir qué? Supongo que a Esme no le hará mucha gracia, pero me da la impresión de que ella tampoco está en esa relación muy a gusto. A veces mantenemos la pareja por rutina o por la pereza de romper, y eso no significa que haya amor. Qué más te da lo que piensen los demás. Eres demasiado mirada. Si yo estuviera atenta a lo que piensan de mí, los fines de semana me encerraría en casa, haciendo ganchillo o leyendo. Estoy viva y me siento bien. Quiero vivir la vida. Como tú deberías hacerlo.

—Visto así... pero bueno ¿qué querías contarme?

—Ay... que creo que estoy cometiendo una locura —dijo Beatriz con ojos brillantes.

—¿Qué has hecho?

—Verás, este domingo estaba paseando por la playa y ya sabes que cierran el restaurante, así que me encontré a Antonio. Estuvimos hablando y acabamos comiendo en mi casa... comiendo y lo que le sigue. Nos acostamos. Y fue maravilloso. Tan dulce y tierno y a la vez, tan sexy... yo... no me imaginaba que iba a pasar eso.

—Me alegro mucho, a él se le cae la baba cada vez que te ve —dijo Irene tomándola de la mano—. Hacéis buena pareja.

—Pero es que él dice que para qué perder el tiempo, que ya hemos estado mucho tiempo mirándonos y que si quiero vivir con él.

—Uy, es un paso muy grande.

—La verdad es que sí. Lo conozco desde hace más de diez años y sé cómo es, pero de ahí a vivir juntos... no lo sé, la verdad.

—Supongo que es cuestión de probar y si no funciona, pues nada.

—Ya le he dicho que yo seguiré quedando con mis amigas, eso desde luego. Si es que con el trabajo que tiene, tampoco es que nos vayamos a ver tanto. Por la noche y algún rato por la tarde. En cuanto empiece la temporada de verano, ni siquiera los domingos.

—Trabajar en un restaurante turístico es complicado para verano, supongo. No sé qué hará Daniel. Pero yo lo intentaría, ¿por qué no? No hay más que ver la cara tan ilusionada que tienes. Pareces una adolescente recién enamorada.

—¿A qué sí? Es como me siento, Irene. Y tal vez tú deberías dejar tus miedos y tus prejuicios atrás y dar el paso.

—Tal vez lo haga. Yo soy de decisiones lentas. Mira la hora, vamos ya, que si no llegaremos tarde.

Después de pagar, se dirigieron al consultorio y tras la reunión matinal con los doctores, se dirigió hacia la zona de análisis donde estaba Paqui, acompañada de Aitana.

—Buenos días, ¿qué tal estáis? —dijo Irene tomándole la tensión antes de empezar a sacar sangre.

—Estamos bien. He venido como me dijo.

—Mi papá también está bien, hoy se ha ido a trabajar.

—Me alegro mucho. Aitana, sal a la salita mientras le saco sangre a tu yaya. ¿De acuerdo?

La niña asintió, obediente y salió a las sillas. Desde el habitáculo la veían sentada. Irene se volvió hacia Paqui.

—¿Sabía que su hijo tiene descompensada la tensión? Es importante que se lo haga mirar.

—Lo sé, y no se imagina la de veces que se lo he dicho. Es cabezota como él solo.

—Pues lo que puede ser un problema fácil de solucionar, si no se cuida, puede convertirse en algún tipo de afección cardíaca. Y usted también se tiene que cuidar, que tiene una preciosa nieta que atender.

Irene sacó la sangre y Paqui se marchó. No quería asustarla, pero si era la única forma de que ambos se cuidasen, lo haría.

Se dirigió a la consulta de Teresa para preguntarle si tenía a Daniel como paciente y ella le dijo que no. Así que fue a su teléfono y le envió un mensaje.

Daniel, hola

Hola, Irene, ¿ocurre algo? ¿mi madre?

No, no ocurre nada. Tu madre ha venido y se ha hecho los análisis. ¿Y tú? ¿No ibas a venir al médico?

Me ha surgido algo

Mira que lo de la tensión no parece importante hasta que lo es

Si puedo, llamo para mañana

¿A qué hora?

No sé, sobre las 10 podría escaparme

Ya te reservo hora. Te espero

No te tomes tantas molestias, no es necesario

Lo hago por Aitana, como lo deberías hacer tú

Irene dejó el móvil enfadado, ni siquiera miró el resto de los mensajes que le envió Daniel. Estaba jugando con su salud por su cabezonería.

Empezó a arreglar el armario y revisar las fichas mientras murmuraba en voz baja enfadada. Dos toques en la puerta de Pedro hicieron que se volviera. Él sonrió.

—¿Algún problema? Estás hablando sola.

—Nada, cosas mías. ¿Necesitas algo?

—Sí, te debo un desayuno. He visto que sobre las once no tenemos pacientes. ¿Quieres que pasemos a la cafetería?

—Claro, por supuesto. Luego nos vemos.

Irene atendió los cuatro niños, incluidos un precioso bebé de ojos azules que le robó el corazón. La nena era muy simpática y no se quejó ni cuando le puso la vacuna correspondiente. A las once y diez, había acabado con todos los pacientes y hasta las doce y media no tenía el siguiente.

Bajó hasta la sala común, donde Beatriz tomaba un café con Teresa y aprovechó para decirle lo de Daniel. Teresa asintió, curiosa por el interés de la enfermera, pero no dijo nada.

—¿Vamos a la cafetería? —dijo Pedro asomándose.

—Vamos. ¿Qué bizcocho tendrá hoy?

—Lo averiguaremos.

Pasaron al coqueto lugar de Esme, que estaba sirviendo café a un grupo de jubilados turistas, que parecían alemanes. Irene la miró, aprovechando que estaba ocupada y se sintió culpable. Ella parecía tan buena persona, tan trabajadora, que no podía hacerle eso. No podía quitarle a Daniel.

Al poco rato, ella se acercó a su mesa y miró a Pedro, nerviosa.

—¿Qué os apetece tomar?

—¿Qué nos recomiendas? —dijo él mirándola fijamente. Irene se sorprendió.

—Tengo tarta de manzana con crema de plátano. ¿Dos cafés con leche?

—Perfecto —dijeron los dos.

Después de que trajeran las dos tartas y los cafés con leche, Irene se quedó mirando a Pedro, que de vez en cuando observaba a Esme.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Pedro?

—Sí, claro, si la puedo responder...

—Yo creo que sí. Si te gusta Esme, ¿Por qué intentaste besarme?

Pedro se atragantó con el café y comenzó a toser. Enseguida vino Esme con un vaso de agua, preocupada.

—¿Qué ocurre? —dijo apurada mientras él tosía en una servilleta.

—Creo que se ha atragantado con sus contradicciones —dijo Irene sonriéndole—. Me tengo que ir. La tarta excelente, de verdad. Eres una gran cocinera. Os dejo.

Irene se fue un poco más tranquila. No sabía por qué Pedro había intentado besarla, pero estaba claro que no era ella quien le gustaba. Y sí, el chico era atractivo y seguro que un buen hombre, pero no para ella. Y parecía que Esme sentía algo por él, aunque no estaba segura. Ella se preocupaba por todo el mundo.

Entró en el consultorio y al poco rato, escuchó llegar a Pedro. Él se asomó.

—Perdona, Irene. ¿Tienes un minuto?

—Claro. ¿Es algo sobre los pacientes o sobre lo de antes?

—¿Sabes que eres demasiado intuitiva? —dijo él suspirando—. Ante todo, quiero disculparme. Cuando viniste y vi lo estupenda que eras en todos

los aspectos, pensé que podría ser una buena oportunidad para sacarme de la mente a Esme. Pero no ha sido así. ¿Tanto se me nota?

—Te lo he notado yo, no creo que los demás. Y también he notado que ella te mira bastante, o sea, creo que está interesada en ti.

—Pero sale con Daniel y tiene una nena. No creo que ella quiera dejarlos tirados. Ha estado ahí durante muchos años...

—Una amiga me ha dicho que hay que vivir la vida y yo añado que debes aprovechar las oportunidades que te da.

—Yo vine aquí después de salir de una relación tóxica y me quedé tocado. Esme es tan diferente a lo que era ella que me creo que me gustó desde la primera vez que me ofreció su tarta. Y hemos hablado muchas veces, pero nada más.

—Creo que a ella le gustas y me da que la relación que tiene con Daniel es más de amistad que otra cosa. Deberías hablarlo y ver si realmente estáis enamorados o no.

Él asintió y se fue a su consulta. Irene se sintió un poco culpable. ¿Debía haberle dicho que a ella le gustaba Daniel? ¿O sería complicar más el asunto? Por otra parte, si ambos estaban enamorados, todo sería más fácil. Pero, aun así, no se sentía bien por no haber sido sincera, ya que Pedro le había abierto el corazón.

Atendió a los últimos niños y se fue hacia casa, pero pasó por el restaurante, donde Antonio la saludó alegremente.

—¿Está Daniel?

—Claro, en la cocina. Me dijo lo de ayer, gracias por atenderle.

—Lo que sea.

Irene entró en la cocina, donde Daniel daba vueltas a un guiso que humeaba. Vestido de cocinero y con el gorro puesto, estaba muy atractivo. Dos muchachos cortaban algo en una tabla y otro fregaba los cacharros en la pila.

—¿Irene? —dijo al verla y sonrió— ¿Vienes a comer?

—Venía a verte.

—Ven, pasa a mi despacho —dijo quitándose el delantal y el gorro y acompañándola a una pequeña habitación con una mesa y muchos papeles ordenados en montoncitos.

—¿Qué tal estás?

—Estoy bien, no te preocupes, ya te dije que era algo habitual y no pasa nada.

—Joder, Daniel, sí que pasa. Mañana tienes cita con Teresa a las diez.

—Está bien, iré, si te quedas más tranquila. Oye, siento lo de antes por mensaje. Es un poco raro que te preocupes por mí...

—¿Por qué raro? ¿Es raro que me preocupe, pero no que me beses?

—Lo siento, Irene. No volverá a suceder. Tienes razón. No puedo hacer eso.

—Pero...

Ella se quedó en shock. No es que le fuera a decir lo de Pedro, pero no esperaba que él se apartase así de ella. Salió del despacho.

—¿No te quedas a comer? —dijo Antonio.

—Otro día, gracias.

Irene se fue para su casa. Esa tarde tenía turno en el centro de salud así que se preparó algo rápido y lo tomó, confundida y molesta.

Capítulo 7. Compromiso

La semana pasó tranquila. La relación con Pedro mejoraba por momentos, se estaban convirtiendo en verdaderos amigos y ella era su tapadera para ir a visitar a Esme. Irene procuraba dejarlos solos un ratito, con cualquier excusa, hasta que un día, Pedro salió a atender una llamada y ella se acercó y se sentó en la silla de enfrente.

—Debes de pensar que soy una mujer horrible —dijo Esme mordiéndose el labio.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Ya sabes. Estoy con Daniel, aunque pensé que te interesaba y quizá él... diera el paso.

—¿Y por qué no lo das tú? Es decir, si no estás con él porque lo amas, si realmente te gusta Pedro, ¿qué motivos tienes para que ambos sufráis?

—Es mis padres y la madre de Dani. Ellos tienen mucha ilusión de que acabemos formando una familia. Y yo no lo veo mal. Lo quiero mucho... aunque sea como amigo.

—Creo que te equivocas. Él no va a dar el paso, por respeto a ti, posiblemente, porque ya lo conoces y sabes que es un tío muy honesto y comprometido. No creo que de la noche a la mañana se levante y te diga que te deja, y menos si es por alguien.

—Pero si lo dejo yo... y es por Pedro, su madre se disgustará y él está delicado de la tensión. Su padre falleció de un infarto.

—No puedes estar por pena con alguien, o por cualquier otro sentimiento que no sea amor. Esto no funciona así. Le harás daño y lo peor, te lo haces tú. ¿Por qué privarte de vivir una vida feliz con alguien que te quiere de verdad? Porque estoy segura de que Daniel te aprecia, pero no sé si está enamorado.

—Yo sé que no. He visto cómo te mira.

—No hay nada entre nosotros. Yo nunca estaría con un hombre que sale con otra persona. Bastante jodido es que me lo hiciera mi ex. No. Si él fuera libre, tal vez me lo plantearía.

—O sea, que depende de mí.

Irene sonrió y asintió.

—Depende de los dos. Una buena charla hace milagros.

—No sé si podré. Me da pena, por Aitana y por su abuela... por mis padres...

—Es mejor que si deseas romper, lo hagas ahora y no cuando llevéis dos años de casados, tal vez con un bebé. Y te des cuenta de que estás perdiendo el tiempo con alguien con el que no eres feliz del todo. Solo tenemos una vida, me han dicho hace poco y es verdad.

—Está bien. Gracias.

Dejó el desayuno pagado y se fue para el consultorio, enseguida llegó el siguiente niño y varios más. Beatriz entró después del último con el rostro sonriente.

—Vamos a comer.

—¿Dónde Antonio?

—Claro, donde mi chico. Le tengo que contestar y le voy a decir que sí, que vivimos juntos. Eso sí, en mi casa. Ya he preparado mitad del armario para que traiga sus cosas.

—Oh, ¡cuánto me alegro! —dijo Irene dándole un abrazo.

Aunque se sentía extraña por ir al restaurante, aceptó. No quería empañar la alegría de su amiga. Paula y Marga acudieron también. Eso era una fiesta con todas las de la ley.

—Quiero que mis mejores amigas estén en el momento más importante de mi vida.

Llegaron al restaurante y Antonio, que nunca había estado tan arreglado, las recibió con una enorme sonrisa y las acomodó en la mejor mesa de la terraza,

con unas vistas maravillosas al mar. Dio un suave beso a Beatriz y les trajo la carta.

—Menudo chollo —dijo Paula—, nunca pude conseguir esta mesa.

Todas rieron y comenzaron a revisar el menú del día. Después de pedir, Antonio les trajo una copita de vino y unas olivas para esperar el primer plato. El restaurante estaba lleno de turistas que pedían en su mayor parte paella.

—Y tú, ¿qué tal con Daniel? —dijo Beatriz mientras cazaba a Irene mirando hacia la cocina con disimulo.

—Ah, no hay nada. Hubo un acercamiento, pero él es un tío muy noble y mientras esté comprometido con Esme, no dará ni un paso.

—¿Pero quiere estar con ella? —preguntó Marga.

—Claro que no —dijo Beatriz—. Está loco por sus huesos —dijo señalando a Irene—, pero son un par de tontos que no avanzan.

—Supongo que es complicado, con una hija y sus padres se conocen desde jóvenes. Deben de tener miedo a hacer daño a la familia —suspiró Irene.

—Pero, cariño —dijo Paula—, uno no puede vivir pensando en eso. Hay que seguir el corazón.

—Esas cosas ya las sé, pero no soy yo quien tiene que dar el primer paso —zanjó Irene. Las demás se quedaron calladas, viendo que ya no quería hablar más del tema.

—Bueno, ¿y cómo se lo vas a decir? —preguntó Paula a Beatriz.

—He preparado un llavero con su equipo de fútbol y se lo voy a dar, con mis llaves puestas. Supongo que lo entenderá —rio ella nerviosa.

—Y si no lo entiendes, se lo dices —contestó Marga—, que a veces los hombres no lo pillan a la primera.

—Eso son tonterías —dijo Paula—, pero bueno, si no lo pilla, se lo dices. Mira, por ahí viene.

Antonio se acercó con los primeros platos que habían pedido y los puso en su sitio.

—¿Todo bien?

—Tiene unas pintas increíbles —dijo Irene.

—Luego puedes felicitar al cocinero —dijo Antonio guiñándole el ojo y ella desvió la mirada.

Beatriz dejó caer algo al suelo y se hizo la despistada para que él se agachara.

—Anda, ¿qué es esto? ¿Te has aficionado al fútbol o qué?

—Es para ti, tontuelo.

Antonio se quedó pálido. Miró las llaves, las examinó una por una, luego miró a Beatriz, que sonreía de oreja a oreja y después volvió a mirar las llaves.

—¿De verdad? —dijo nervioso y sonriendo.

—De verdad. Intentémoslo.

Beatriz se levantó y él la abrazó y le dio un beso de película. Las chicas aplaudieron y los comensales se unieron a la ovación e incluso alguno hizo fotos. Daniel, que escuchó el jaleo, salió, secándose las manos en un paño. Al ver a su hermano en la mesa, se acercó.

—¿Qué ocurre, Antonio?

—Que me voy a vivir con esta maravillosa mujer, Dani. Me ha traído las llaves de su casa, ¡y con mi equipo de fútbol!

—¡Enhorabuena, hermano! —dijo Daniel abrazándolo. Luego, le dio un gran abrazo a Beatriz.

Se giró hacia las demás y durante un momento, miró a Irene.

—Bueno, que se me quema la comida. Me alegro mucho, de verdad.

Se metió e Irene lo siguió con la vista. Antonio se fue para dentro orgulloso con el llavero en el bolsillo. Alguno de los comensales le siguió aplaudiendo, aunque no sabían muy bien qué había pasado.

—¡Qué bien, Beatriz! Una nueva etapa en tu vida —dijo Irene tomándola de la mano.

—Pero esto no significa que no nos vayamos de marcha por ahí. Puede que algún día él se nos una, si no os importa.

—¡Qué va! Si nos cae fenomenal —dijo Marga.

—Deberías hablar con Daniel —dijo Beatriz.

—No. Si quiere algo, que hable él. Y no es cuestión de orgullo, sino de coherencia. Que decida si quiere romper con Esme o no, y luego hablamos. A mí me gusta de verdad, pero ¿le gusto tanto como para dar el paso?

—Tienes toda la razón —dijo Paula.

—Disfrutemos de la comida y de la compañía y de este día tan especial para Beatriz —terminó Irene.

Las conversaciones y las risas se entremezclaron entre plato y plato. Antonio iba y venía, haciéndole carantoñas de vez en cuando a su novia, porque así la llamaba, algo que le hacía mucha gracia a Beatriz.

Después de comer, se despidieron de Antonio y justo cuando se iban, entraba Aitana con su abuela. La niña saltó a los brazos de Irene, que la acogió con alegría.

—¿Qué tal, peque?

—Hoy hemos hecho el ensayo de la fiesta de fin de curso y me toca hacer de sirena. El festival es el viernes por la tarde ¿vendrás a verme?

—Pues no sé si podré, Aitana.

—Claro que sí, véngase —dijo la abuela—, que a la niña le hace mucha ilusión. Es a las seis, en el colegio que está al lado de la iglesia.

—Bueno, haré lo posible.

Irene se despidió, mientras una mujer alta, rubia y de ojos claros entraba en el lugar. Daniel salió a recibir a Aitana y se quedó paralizado, mirando a la mujer.

Capítulo 8. El festival.

El viernes, Irene estaba de los nervios. No sabía si ir o no a la fiesta infantil y por la tarde, justo cuando salía de trabajar, se encontró a Paqui, que la esperaba en la puerta del centro de salud, totalmente abatida.

—Paqui, ¿está bien? ¿Qué le ocurre?

—Ay, qué desgracia. No sabía a quién acudir... ¿podemos ir a tomar un café?

—Mejor una tila. Pero quizá debería tomarle la tensión.

—No es de la tensión, es del disgusto.

La tomó con cariño del brazo, dándose cuenta de lo frágil que se veía. Cuando Irene torcía hacia la cafetería de Esmé, ella negó con la cabeza y fueron hacia otro lugar, donde entraron y se acomodaron en una mesa. Un joven camarero les trajo dos infusiones tras pedirles Irene.

—¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Aitana o a Daniel?

—Ha pasado de todo, hija mía. De todo.

—¿Pero de salud? ¿Están bien?

—Sí, eso sí, pero a mi hijo no sé si le dará un infarto. Todo el mismo día, por Dios.

—Venga, cálmese y tome un poquito de infusión. Vamos por partes y que todo tiene arreglo, Paqui, ya lo verá.

—Si es que de la noche a la mañana era tan feliz y de repente, su novia le deja, le dice que no lo quiere, y se lo tomó bien, porque yo creo que tampoco la quería. Son más amigos que otra cosa, me parece —dijo suspirando—, y creo que mi hijo parecía incluso aliviado. No han discutido ni nada. He hablado con los padres de Esmé y se han extrañado tanto como yo, porque ya nos veíamos casándolos pronto y teniendo nietos, pero, en fin, qué le vamos a hacer.

—Bueno, Paqui, pues si ellos lo han decidido así, son adultos. No hay que disgustarse por ello.

—Si no es eso, eso me disgustó, pero.... Es que ha vuelto ella, la madre de Aitana. Ha vuelto y no sé qué quiere. ¿Y si se la quiere llevar?

Irene se echó hacia atrás, sorprendida. Recordó que se había cruzado con una mujer rubia, vagamente familiar y, al volverse, Daniel se había quedado un poco serio, pero no le dio importancia.

—¿Pero ella ha dicho que se la iba a llevar?

—No, no ha dicho nada. Solo ha hablado con Dani, pero si se lleva a mi pequeña, me mata.

—No se preocupe, Paqui, que seguro que su hijo no le va a dejar.

—Si es que, una vez que se le fue la sorpresa, se ha “quedao” tonto, hija. Está encantado con la muchacha. Con eso de que fue su primer amor. ¿Y si se me van los dos? ¡Me matan!

Irene empalideció. La alegría que sentía al saber que Esmé había dado el paso y que ahora él era libre, se había empañado al ver la posibilidad de que él se estuviera enamorando de nuevo de esa chica que los abandonó. No era justo. Se sintió enfadada.

—Bueno, hija mía, me voy para casa. Gracias por escucharme. Fíjate que yo pensaba que tú le gustabas a mi Daniel y él a ti, pero no sé, este chico está confundido.

—Tranquila, que su hijo no hará tonterías, es adulto y tiene responsabilidades, no solo con su hija, sino con su negocio.

—Está bien, luego la esperamos en la función, véngase guapa.

—Debería dejar de tratarme de usted, Paqui, que somos ya muy conocidas
—sonrió Irene.

—Está bien, pero solo si tú haces lo mismo.

—Claro que sí, y no te preocupes, que todo saldrá bien.

Paqui se alejó más animada por la calle e Irene se dirigió hacia su casa, pasando por la tienda de Paula. Aprovechó para contarle todo, necesitaba

desahogar su frustración. Su amiga llamó a Marga y a Beatriz y ambas acudieron a la llamada de alarma: código rojo.

—Igual no hacía falta avisarlas —protestó Irene con poca fuerza.

—Cuando una de nosotras está en apuros, las demás volamos a ayudarla.

Irene volvió a explicar todo a las chicas cuando volvieron y Beatriz aportó más información.

—La tal Greta está intentando llevarse al huerto a Dani, eso lo hemos visto también Antonio y yo. Hasta Aitana pasa de ella. A mí me ha dicho que, si su mamá no la ha querido hasta ahora, ella tampoco la quiere y no le habla. Daniel está enfadado con ella.

—No me extraña —dijo Marga— ¿A qué fin vuelve después de siete años?

—Y se ha empeñado en pasar días con ella, como mañana ya no tiene colegio, quiere llevársela a la playa, pero la niña no quiere ir. Y se ha puesto como una fiera. Y luego, Paqui anda muy triste.

—Sí, lo sé. Tenía el rostro descompuesto.

—Esta tarde voy a verla a su función —dijo Beatriz—, Antonio no va porque Dani se escapará un momento antes de ir a trabajar y supongo que su madre irá. Y a ti te han invitado, así que esta tarde te pones guapa a rabiar y nos vamos.

—Pero no sé, Beatriz... Si él quiere irse con la madre de Aitana, creo que no debería ponerme en medio.

—¿Y no te cabrea que ahora que es libre se interponga otra? —dijo Paula—, porque parecías muy enfadada.

—¿Y no estabas esperando a que fuera libre para dar el paso? —dijo Beatriz—, pues espabila. Que, si no, te lo van a birlar en tus narices. Eso sí, si no te interesa, nada.

—Sí que me interesa —dijo Irene enseguida y se sonrojó al reírse todas.

—Entonces, está todo dicho. Vamos a ponernos guapas y nos vamos a ver a la niña. Y le pones los dientes largos a Dani. Luego nos vamos a cenar al restaurante, vosotras acudís y nos iremos de fiesta, a ligar y a ponerlo nervioso, a ver qué pasa.

—Está bien, pero ¿qué puedo ofrecerle yo con respecto a una chica alemana, rubia y de ojos claros y que además es la madre de su hija, y, lo que es más, su primer amor?

—Chica, a veces eres muy tonta, perdona que te lo diga —dijo Beatriz—. De acuerdo que la chicas es mona, pero tú tampoco estás nada mal, belleza española, curvas que no te sabes aprovechar y con esa piel tostada color café suave que tienes, sería tonto si no se diera cuenta.

—Mira, tengo un vestido color verde drapeado, no demasiado provocativo, que vas a una función de niños, pero que te va a marcar tus curvas de maravilla. Vamos a probártelo.

—Ay, pero que me estáis liando.

—Claro que te liamos —dijo Marga—, y espera que te voy a maquillar, de forma natural, pero bellísima.

—Ay....

Las tres amigas se abalanzaron sobre Irene, que se sintió como una reina, como si fuera *Pretty Woman* en la película de Julia Roberts, pero se dejó hacer. Se sentía emocionada del amor y las risas.

—El vestido te queda de lujo, Irene —dijo Paula admirándola, una vez que se lo puso.

—Se me nota un poco la tripilla, y se me marca el trasero.... —dijo Irene dudando.

—A ver, chica —dijo Beatriz resoplando—, no sé en qué momento se te ha metido en la cabeza que una mujer con curvas no es bonita. Sí, ya sabemos que nos bombardean continuamente en la televisión o en las redes sociales con

niñas de piernas largas y traseros inexistentes, pero chica, como dice Antonio, donde haya carne donde agarrar, déjate de huesos, que pinchan.

Las tres se echaron a reír y Marga continuó maquillando a Irene de forma suave, resaltando sus ojos. Cuando terminó de arreglar su cabello y dejándolo suelto, Irene no se reconoció en el espejo.

—Si Dani no se cae de culo al verte es que nunca se interesó por ti de verdad y entonces no tienes que perder más el tiempo —dijo Beatriz—. Hoy te darás cuenta. Y no es porque estés más arreglada o maquillada, sino porque irradas luz.

—Ay, Bea, que me vas a hacer llorar y Marga me mata.

—Tranquila, llora si quieres que luego te maquillo de nuevo.

—¿Sabéis que sois las mejores amigas del mundo?

—Pues claro —dijo Paula—, y venga, que llegáis tarde. A las ocho nos vemos en el bar de Paco.

—Hecho.

Beatriz e Irene caminaron hacia el colegio. Irene frotaba sus manos, nerviosa. Su amiga la cogió del brazo.

—Como te he dicho antes, si él no reacciona, es que no es para ti. Y mira, te olvidas y sigues para delante.

—Ya, pero la verdad es que me gusta bastante, y no solo él. También la nena.

—A la nena la puedes seguir viendo, aunque no salgas con él. Ahora será como mi sobrina y seguro que nos la llevamos algún día al cine. Pero tienes que estar segura de que él es el hombre de tu vida.

—Creo que sí, creo que me gusta mucho y que saldría con él, pero no me pondré en medio de nada.

—Eso me parece muy honesto. Sin embargo... una cosa es que no te pongas en medio de una relación que ya está hecha, como con Esme, y otra, que compitas por llevarte el premio. No me digas que te vas a dejar ganar.

Irene frunció el ceño y se adentró con paso firme en el colegio, seguida de una sonriente Beatriz. Ambas caminaron por el pasillo del salón de actos, donde los padres y familiares de los niños ya se estaban acomodando. Paqui las llamó.

—Beatriz, Irene, aquí, que os he guardado sitio.

Había dos sitios entre Paqui y Daniel y como esperaba, Beatriz se sentó rápidamente al lado de Paqui. Irene suspiró, pero no dijo nada.

—Hola, Irene, me alegro de que hayas venido.

—Hola, Daniel. Me lo pidió tu hija.

Se sentó y miró hacia el escenario donde algunos jóvenes se afanaban en poner parte del decorado que se había caído.

Daniel carraspeó. A su lado estaba la tal Greta y él parecía bastante incómodo. Irene sonrió.

—¿Qué tal los análisis? —preguntó ella.

—Ah, bien, la doctora me dio unas pastillas para regularme la tensión y me los repetirá en un par de meses. Tengo que tomarme la tensión al menos una vez a la semana o dos, pero como Beatriz viene a menudo por el restaurante, bueno, servicio a domicilio.

—Es una suerte, claro.

Daniel se ajustó la camisa y luego se acercó un poco a Irene para hablarle al oído.

—Esme me dejó. ¿Lo sabías? —Irene se encogió de hombros—. Lo que pasa es que, bueno, ha venido la madre de Aitana y yo...

—No me tienes que explicar nada, Daniel —dijo Irene girándose. Su rostro quedó muy cerca del suyo y él se la quedó mirando—. Tú sabrás lo que es mejor para ti.

Irene se giró porque la profesora salió a presentar a los niños, que comenzaban a cantar una canción infantil. Aitana iba muy graciosa con una cola

de sirena y estrellas de mar en el cabello. Los miró y saludó muy efusiva. Greta saludó también, pero Irene juraría que no iba por ella.

La función continuó, los niños eran tan graciosos y adorables que muchas veces arrancaban risas del público. Cuando acabaron, todos salieron a saludar y recibieron una gran ovación.

—Ahora los familiares que esperen en el gimnasio para recoger a sus hijos —dijo la profesora.

Paqui cogió a ambas del brazo y se dirigieron hacia el gimnasio. Daniel y Greta iban detrás, hablando en inglés. Ella le preguntaba quién era Irene, si era su novia.

—Si se piensa que por hablar en inglés no la voy a entender, va dada —dijo Irene en voz baja a Beatriz—, que para eso estuve dos años en Londres trabajando de enfermera.

—¿Has visto? Un palo, como dice mi Antonio. —Ambas se rieron.

—No seas mala. Debe de ser modelo o algo. Es muy guapa. No me extraña que a Daniel le guste.

Aitana salió en fila y cuando los vio, se echó a correr y abrió los brazos. Se tiró a abrazar a su abuela y luego, en lugar de ir hacia su padre, se giró hacia Irene y se echó encima. Esta la tuvo que coger en brazos.

—Qué bien has estado, sirenita —dijo Irene dándole un achuchón—. Me ha encantado tu traje y cómo has actuado.

—Sí, el vestido me lo hizo la yaya. Qué bien que hayas venido.

—Ey, ¿no hay un beso para tu padre?

Irene le acercó a la nena a Daniel y ella agarró el cuello de su padre, sin soltar el de Irene, de forma que quedaron muy cerca ambos. Él tuvo que sujetarla de la cintura, o acabarían en el suelo. Irene se sonrojó.

—Venga, suelta a Irene que le vas a arrugar el vestido.

—Pues sí, además nos vamos a cenar y luego por ahí —dijo Beatriz—, que este pibón hay que lucirlo.

—La verdad es que estás muy guapa —dijo Daniel mirándola, hasta que Greta se acercó. Aitana volvió la cabeza y la escondió en el cuello de su padre.

—Nos vamos para el restaurante —dijo Daniel—. ¿Nos veremos luego?

—Sí, nosotras cenamos allí.

Paqui tomó de la mano a Aitana, ellas se iban hacia casa, y Daniel y Greta desaparecieron por el paseo.

—No ha ido mal, ¿no? Menuda la cara que tenía cuando la nena se echó a tus brazos —sonrió Beatriz.

—Pues mira, me ha dado pena. Sé que hace años que se fue y no dio señales de vida en todo este tiempo, pero no deja de ser su madre y pienso que querrá a su hija.

—Su hija ha hecho su vida sin su madre, ella nunca le escribió, me lo ha dicho Antonio. Solo algún mensaje escueto. Ni preguntó si necesitaban algo, o cómo estaba. No sé si merece tu compasión.

—Quizá tenga una buena razón. No la conocemos, ni sabemos qué ha pasado por su vida. No se puede juzgar a alguien sin toda la información.

—Santa Irene eres tú —dijo Beatriz—, anda, vamos a tomar una caña con las chicas y luego vamos al restaurante.

—Vale.

Entraron en el bar de Paco y se pidieron unas cervezas. Sus amigas ya estaban esperando, deseando que les contasen todo y eso hicieron. Después, se dirigieron hacia el restaurante donde Antonio ya les había reservado una mesa.

Justo antes de entrar, Greta paró a Irene. En un precario español, le preguntó.

—¿Puedo hablar contigo?

—Sí, y si quieres en inglés, soy bilingüe.

—Por favor.

Se dirigieron hacia la calle, mientras sus amigas la miraban con sorpresa. Irene se encogió de hombros y la siguió.

Capítulo 9. Cambios

Irene siguió a la alemana hasta un lado de la terraza. Desde ahí podía ver a sus amigas y ellas también. No sabía qué iba a decirle, y, por otra parte, ella no había hecho nada malo.

—Te llevas muy bien con mi hija —dijo Greta encendiéndose un cigarrillo. Le ofreció uno, pero Irene negó con la cabeza.

—Soy su enfermera.

—Y también con Daniel. Pensaba que estaba saliendo con una chica morena. No entiendo, ¿salía contigo?

—No, no salía conmigo —Irene se preguntó cómo sabía que él estaba saliendo con Esme—. Dime, ¿qué quieres? Mis amigas me esperan para cenar.

—Cuando vine aquí, el mes pasado, tenía la idea de llevarme a Aitana. Ella es mi hija.

—Si no te has preocupado de ella en siete años, ¿por qué ahora? —contestó enfadada Irene.

—Ya sé lo que piensas, que soy una mala madre y que no tengo derecho a nada. Y sí, es cierto en ese sentido. Pero supongo que una persona puede rectificar ¿no? Y Daniel no parece estar descontento.

—¿Y qué quieres? ¿Te los vas a llevar? —Su voz sonó un poco más aguda de lo que se proponía.

—Es una posibilidad —dijo apagando el cigarrillo en una maceta, y luego tirándolo a una papelera—, pero donde voy, las condiciones pueden ser duras. Y no sé si es lo mejor para ellos.

—No lo entiendo. Si lo has decidido, ¿a qué fin me cuentas esto?

—Porque he visto cómo miras a la pequeña, pero sobre todo cómo miras a Daniel. Y, aunque tú y tus amigas lo penséis, no soy una mala persona.

—Daniel y yo no estamos saliendo.

—Entonces, ¿no te importaría que intentara llevármela, llevarme a los dos?

—¡Claro que me importaría! —casi gritó Irene. Estaba poniéndose muy nerviosa. Sin embargo, ella estaba tan tranquila—. Y, además, está su madre, que depende mucho de ellos.

—Tiene otro hijo. Creo que la decisión la tendrá que tomar Daniel, porque está claro que no depende de nosotras.

Greta se encendió otro cigarro y se fue hacia el exterior del restaurante, dejando a Irene pasmada, quieta y sin saber qué hacer.

Marga vino corriendo, la cogió de la mano y la sentó en la mesa.

—Pero ¿qué te ha dicho que te has quedado así?

—Tengo que hablar con Daniel, ahora vuelvo.

Irene se levantó y fue hacia la cocina, pasando delante de Antonio que miró a Beatriz y se encogió de hombros. Entró en la cocina, donde había bastante jaleo. Daniel se la quedó mirando y corrió hacia ella.

—Irene, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—¿Me das un minuto?

—Chicos, ¿os ocupáis?

—Sí, jefe —dijeron los ayudantes.

Daniel se llevó a Irene al despacho, preocupado. Ella no había soltado palabra.

—¿De verdad, Daniel? ¿De verdad te vas a ir?

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Qué te ha dicho?

—Ella... Ella quiere...

—Bueno, es la madre de Aitana y supongo que tiene derecho a ver a su hija. Ahora tiene un buen puesto, ¿sabes? Es ingeniera química y la van a destinar pronto.

—¿Y te irías con ella, aunque te abandonó? —dijo Irene aguantando las lágrimas.

—No sé, estoy muy confuso y si siquiera sé por qué estamos hablándolo. Nunca llegamos a nada. No quisiste...

—Porque estabas con Esme. Pero ya veo que, en realidad, te daba igual.

Irene se giró para marcharse y él la tomó del brazo y la llevó hacia él.

—No me da igual, me gustas muchísimo. Es solo que... no sé. Dame unos días.

—Haz lo que quieras, Daniel. Vete si es eso lo que prefieres, deja todo, pero decídetelo ya, porque no quiero sufrir ni un solo día más.

Irene se soltó del brazo y salió del restaurante, se despidió de sus amigas se fue hacia casa. Tiró el vestido, enfadada. ¿Para qué se había arreglado? ¿Por qué se había hecho ilusiones con él? Solo tenía ganas de llorar.

Se lavó la cara y se sentó en el sofá, con la ventana abierta. La noche estaba espectacular. Una noche para el amor, pero desde luego, no en su caso. No tenía mucha suerte con los hombres, eso estaba claro.

Beatriz le envió un mensaje de texto y ella le contestó que estaba bien, ya en casa. Todas en el grupo le enviaron corazones y besos. Tampoco les había contado lo que había pasado, pero es que no tenía ganas. Al día siguiente ya se desahogaría.

Se hizo un sándwich de pavo y lechuga y se sentó delante de la ventana para tomárselo. La luna estaba sobre el mar y se reflejaba. No corría ni una gota de aire, pero tampoco hacía mucho calor.

Se preparó una infusión. Estaba mucho más tranquila. Entonces, llamaron al portero automático. Seguro que eran las chicas. Abrió y dejó la puerta entreabierta para que pasaran. Se lo contaría todo y al menos, se desahogaría.

—¿Irene? No deberías abrir la puerta sin saber quién es.

—¡Daniel! ¿Qué haces aquí?

—Arreglar mi última estupidez, si es posible. No he podido venir antes porque había muchos clientes... pero lo siento, Irene.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. No es solo porque Antonio me haya echado la bronca y me haya abierto los ojos, aunque creo que me hacía falta. —Ambos sonrieron—, es que sería de lo más idiota si dejara escapar a la mujer más maravillosa que he encontrado en mi vida.

—¿Y esa es...?

—¿Me lo vas a poner difícil?

—Por supuesto.

Daniel sonrió y la tomó de la cintura. Apartó un mechón de su cabello y acarició su rostro.

—Si es que no puedes ser más bonita. Cuando te vi esta noche, casi me muero. Pero así, con la cara lavada, me sigo muriendo por ti. Creo que pensaba que eras demasiado perfecta para mí, y encima adoras a mi hija. Incluso mi madre te aprecia muchísimo.

—Pero no será por eso...

Daniel la calló con un beso. Un beso profundo, con el cuerpo pegado, uno de esos que te dejan sin fuerzas. Luego la soltó y besó su rostro, su cuello, pero se apartó.

—¿Por qué paras?

—Porque si no lo hago ahora, no podré.

Ella pasó los brazos por su nuca y se acercó mucho, sintiendo pecho contra pecho.

—¿Y Greta? —dijo ella jugando con su boca.

—Sueños de adolescente. Tú eres la mujer que quiero, ahora y para siempre.

—Pues demuéstramelo.

Irene lo tomó de la mano y se lo llevó a la habitación, donde se desnudaron despacio, con calma y cierta timidez, hasta encontrarse unidos, cuerpo y alma durante un precioso rato.

Durmieron hasta que la alarma del reloj de Daniel sonó a las siete de la mañana.

Ella estaba apoyada en su pecho y él la miró con ternura. Irene abrió un ojo y sonrió.

—¿Ya te vas?

—Tengo que ir al mercado para hoy... supongo que tendrás que acostumbrarte a estos horarios, y a que los fines de semana trabaje...

—No te preocupes, sé lo que es. Mi padre era camarero. Puedo con ello.

—Me encantaría hacerte el amor de nuevo —dijo Daniel besando su hombro—, pero si no, me quedo sin pescado.

—Anda, vete, y ya luego paso a verte.

Irene se desperezó en la cama y cuando escuchó la puerta, se metió en la ducha. No tenía más ganas de dormir, solo de cantar. Tan mal que estaba el día anterior y ahora no podía ser más feliz.

Mandó un mensaje al grupo que, aunque fuera muy pronto y las despertara, estaba segura de que no les importaría.

Les explicó brevemente la conversación con Greta y después resumió un poco la de Daniel, acabando en que habían dormido juntos. Revisó y envió. Sí, vale, dormir juntos no era muy explícito, pero lo entenderían.

Al poco, Beatriz le envió un audio en la que cantaba la canción de Queen «We are the Champion», luego Marga le envió un gif un tanto subido de tono y Paula otro con una pareja casándose. Se carcajeó a gusto.

Se vistió con tranquilidad y fue a desayunar donde Esme. Quería hablarlo con ella y decir las cosas claras. No había nadie en el mostrador y tampoco en las mesas. Se extrañó, quizá era muy pronto y estaba en el obrador haciendo alguna tarta. Mejor, así le contaba todo.

Cuando entró, no se esperaba ver lo que vio. Esme estaba en sujetador, sentada sobre una mesa y Pedro se había colocado entre sus piernas, todavía vestido, gracias a Dios, y besaba su cuello.

—Ay, perdón —dijo Irene cuando Esme la vio.

—No te vayas —gritó ella cuando Irene salió corriendo.

Se sentó nerviosa en una de las mesas.

Esme salió con la camiseta puesta y sonrojada como una adolescente, pero con una enorme sonrisa.

—Lo siento, Esme. Pensé que estabas haciendo algún bizcocho y quería hablar contigo.

—No te preocupes, que hay confianza.

Pedro salió entonces, ya arreglado, guiñó un ojo a las dos y se marchó por la puerta.

—Os he fastidiado.

—No, que va, si tiene guardia. Solo que la cosa se había calentado y ... bueno ya sabes.

—De eso quería hablarte. Aparte de decirte que me alegro muchísimo de que tú y Pedro estéis juntos.

—Gracias. Y que, ¿Daniel ya se ha decidido a dar el paso?

Ahora le tocó el turno de Irene para sonrojarse. Asintió algo cohibida.

—Si es que lo conozco muy bien. Es más hermano o amigo que otra cosa. Ya te lo dije. Me alegro mucho. Hacéis buena pareja.

—Gracias. Por cierto, ha venido la madre de Aitana y no sé si quiere llevársela.

—¿Será posible? Después de lo que ha llorado Daniel, y la nena. Que yo sé que a mí no me quería como esposa, pero estaba enamorado de ella. Debes tener cuidado.

—Pero ayer se me declaró. No creo que se arrepienta.

—Yo me pasaría hoy. A ver, Daniel no es un tío débil, nunca lo consideré así, pero puede que esa tía sea una buena manipuladora. Vigila.

—Me voy ya mismo. Estoy loca por él, ¿sabes? Y no se lo va a llevar nadie.

—Estupendo, a por él. Y llévate un *cupcake* de chocolate con chips de plátano que está buenísimo. Te dará mucha energía.

—Gracias, eres estupenda, Esme.

—Cualquier día quedamos a tomar café.

—Cuenta con ello.

Irene se fue hacia el restaurante disfrutando de la mañana y del dulce de Esme, pero algo preocupada. ¿Realmente Greta podía manipular de esa forma a Daniel? No lo creía tan débil, qué va. Y quizá ella tampoco tenía esa intención, si le decía que estaban juntos.

Cuando llegó, Antonio se estaba tomando un café en la barra. Todavía no había mucha clientela y la saludó afectuosamente.

—Ya sé que Daniel no ha dormido en casa —dijo guiñándole el ojo—, ya era hora.

—¿Está dentro? —dijo Irene algo cortada.

—Todo tuyo. No veas la sonrisa que tiene. Algo bueno ha nacido.

—Eres todo un poeta, ya veo por qué Bea te quiere tanto.

El hombre se emocionó y siguió con lo suyo mientras Irene entraba en la cocina. Estaba solo Daniel, limpiando pescado, silbando animado.

—Sí que estás contento, sí. ¿Has pasado buena noche o qué?

—Una de las mejores de mi vida. No te toco, que voy lleno de escamas.

—¿Y qué me importa?

Irene se acercó y le dio un beso que hizo que los dos ayudantes, que justo entraban entonces, silbaran jaleando a su jefe, que los hizo callar.

—Bueno, te dejo trabajar, me voy a tomar un café con Antonio.

—Luego viene Aitana con mi madre, igual podríamos ir diciéndole algo... porque seguro que se va a dar cuenta.

—Me parece bien. Entonces, eso significa que estamos juntos... o sea como no me has dicho nada...

—¿Quieres que te lo pida? ¿Me pongo de rodillas? —dijo Daniel sonriendo.

—No, no, deja, que me voy, hasta luego...

Irene salió riéndose de la cocina y Antonio la acomodó en una de las mesas. Beatriz llegaba entonces.

—Tienes una cara de felicidad que brilla desde aquí.

—Ay, sí, Bea, es que... todo se ha arreglado.

—Me alegro tanto, amiga. No te mereces nada malo.

Antonio dio un beso a su novia y les trajo unos cafés con tostadas, que ambas amigas disfrutaron, mientras los turistas más madrugadores se acercaban a desayunar esa mañana de sábado.

Paqui vino por el sendero, retorciéndose las manos.

—¿Qué te pasa? ¿Dónde está Aitana? —dijo Irene enseguida.

—No sé si he hecho bien... pero es que su madre dijo que quería llevársela a la playa. La niña pareció aceptarlo. Pero no sé.

—¿Dónde han ido?

—Dijo que se iban a la cala de las gaviotas.

—No te preocupes, que me acerco yo y la traigo, que no me cuesta nada —dijo Irene.

—Te acompaño —dijo Beatriz.

—Se lo digo a Daniel. Avisadnos —contestó Antonio serio.

Las dos amigas se fueron casi corriendo hacia la cala de las gaviotas, pero allí, excepto algunas personas paseando, no se veía a las dos rubias.

Pasaron a la otra cala y tampoco.

—¿Se habrá perdido? Llama a Daniel, por si tiene su teléfono.

—Daniel, no la encontramos.

—No tengo su teléfono. Llamaré a la guardia civil.

Colgaron y ambas se miraron.

—¿Crees que la ha secuestrado?

—No lo sé, pero esto, me da muy mala sensación. Volvamos al restaurante.

Capítulo 10. El final

La guardia civil se presentó en el restaurante y tomó los datos de la mujer y la foto de la chiquilla.

—Es pronto para pensar que la ha secuestrado, señor, pero estaremos atentos —dijo uno de ellos y se marcharon.

—¿De verdad crees que se la ha llevado? —preguntó Irene a Daniel, que estaba sentado en una silla, consolando a su madre, que lloraba amargamente.

—No lo sé, quiero pensar que no. Me cambio y voy a dar una vuelta por el pueblo. Antonio, ¿puedo coger tu moto?

—Claro, hombre.

—Yo te acompaño.

Daniel se puso la ropa de calle y ambos se montaron en la moto del hermano y avanzaron por la zona más costera, callados, sin perder de vista la playa, la acera e incluso los comercios.

Paró en un semáforo e Irene notó que se estremecía. Lo abrazó y apoyó su cuerpo en él.

—No te preocupes. Además, no creo que sea tan tonta de meterse en un lío judicial. Quizá se han perdido. Ella no conoce el pueblo.

—Quiero pensar que es eso.

Arrancó e Irene se apretó a sus anchas espaldas deseando y rezando por encontrar a la niña. ¿Por qué la vida era un sube y baja? Tan pronto estabas arriba como abajo, te pasaban cosas maravillosas, como te hundían. No era justo.

Si la escuchara Beatriz, le diría, «Sí, no es justo, pero ¿a que es más divertido?», bien, a otras cosas podría verle el momento, pero no a esta. Siguió con la mirada hacia la heladería del paseo y entonces las vio. Ambas estaban sentadas en una de las mesas y tomaban un helado.

—Para, para, que están ahí.

Daniel dio un frenazo y se desvió a la acera, parando en un paso de peatones. Se bajaron deprisa y dejó la moto allí, sin más.

—¡Greta! ¡Aitana! ¿Por qué te has llevado a la niña? —dijo poniéndose detrás de ella.

—Solo quería pasar un día con ella, nada más —dijo la alemana mirándolo culpable—, sí, ya sé que no avisé.

—Irene, ¿puedes llevarte un momento a Aitana a ver ese escaparate?

Irene asintió y se llevó a la niña, mientras ambos hablaban.

—¿He hecho algo mal? —dijo la pequeña, de la mano de Irene.

—No, pero nos hemos asustado. No sabíamos dónde estaban y tu... Greta, no nos dijo que ibais a estar por aquí.

—Es que fuimos a la playa, pero no traje bañador, no sé por qué, y quería ir a tomar un helado. Como mi tía me dio permiso para ir, pensé que estaría bien.

—Y está bien, es tu mamá. No pasa nada. ¿Has estado a gusto?

—Es un poco rara. Quería hacerme una trenza, pero a mí me gusta el pelo suelto. Y luego ha dicho que íbamos a ver trenes. Me ha comprado ropa de invierno, pero ya le he dicho que aquí no hace tanto frío.

Irene se quedó pálida.

—Vamos un momento con papá.

—... y me gustará que me avises si quieres llevártela de paseo —decía Daniel, más calmado.

—¿Por qué le has comprado ropa de abrigo a la niña? ¿Y por qué querías llevarla a ver trenes?

Daniel empalideció y Greta se levantó, enfadada.

—Tengo derecho sobre ella, es mi hija.

—Firmaste un papel renunciando a ella y ningún juez que se precie te daría la custodia después de desaparecer de su vida.

—Lo dudo.

—Tienes un trabajo que te ocupa todo el día y tu madre es muy mayor. La niña necesita una madre.

—Y la tendrá, cuando me case con Irene, algo que ocurrirá pronto —dijo Daniel.

Aitana los miró y empezó a saltar, abrazó a Irene y se enganchó al cuello de su padre. Luego, se volvió hacia Greta.

—De todas formas, solo he sido simpática porque me lo ha pedido mi yaya, pero no quiero ir contigo.

—Pues ya está todo dicho. Buen viaje de vuelta —dijo Daniel y los tres se fueron de allí.

Aparcó la moto bien para que la recogiera su hermano y caminaron de la mano por el paseo. Aitana sonreía contenta, mirándolos alternativamente a uno y a otro, ambos sumidos en sus propios pensamientos.

Daniel llamó a su hermano y avisaron a los guardias para evitar la búsqueda, pero quedó en pasar para hablar sobre lo que había pasado, por si acaso.

Cuando llegaron al restaurante, la abuela Paqui abrazó a su nieta llorando, al igual que su tío y Beatriz, que había acudido también.

—Mi papá se va a casar con Irene y yo tendré una mamá de verdad —dijo Aitana emocionada.

Todos se quedaron atónitos y Daniel carraspeó.

—Aún no se lo he pedido como tiene que ser y, bueno, esto será en un tiempo, ¿verdad? —dijo volviéndose hacia Irene.

—Yo no tengo prisa, cuando sea —sonrió ella.

—Pues no tardéis mucho porque me gustaría tener algún otro nieto —dijo Paqui convencida.

Hubo carcajadas nerviosas y aplausos por parte de Aitana que volvió a abrazar a Irene.

10 meses después

Daniel estaba nervioso. Llevaba un rato pensando y sí, sabía que era el momento adecuado. La noche primaveral era ideal, y Antonio y Beatriz se habían llevado a Aitana de fin de semana a un parque temático. Su madre estaba de viaje con una amiga y ellos estaban solos.

Preparó una cena especial. Irene salía de la guardia a las ocho y después de ducharse, acudía a su casa. En realidad, la mayoría de los fines de semana él dormía con ella, pero ella no acababa de pasarse a dormir a su casa, por la niña y por la madre que todavía vivía con ellos.

Puso dos velas y algo de música suave. Habían pasado unos meses complicados, pues Greta se metió en juicios, algo que esperaban, pero que, gracias al cielo, no ganó. Incluso el juez vio el peligro de que ella no devolviera a la niña y no aceptó que viajase a su país. De hecho, en ese momento estaba trabajando en Finlandia. Así que, en verano, volvería a verla, siempre con supervisión. Poco a poco, se fueron tranquilizando en ese aspecto.

Había preparado una ensalada suave y aromática y un tartar de pescado, algo que a Irene le encantaba. Después, pensó en meter el anillo en un *coulant*, pero no quería que se atragantase, así que, sencillamente, se lo daría, como en las películas. Beatriz le había aconsejado cuando le preguntó.

Irene tocó el automático, aunque tenía llaves. Sonrió y abrió. Cuando ella entró, sonaba la canción de Miguel Ríos, Santa Lucía. Dejó el bolso y se puso a bailar con ella, dándole un romántico beso.

Ella pasó los brazos por su nuca, feliz.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? Pensé que iríamos a cenar fuera.

—Quiero aprovechar que estamos solos, amor.

Canturreó la canción en su oído y ella apoyó la cabeza en el pecho, sintiendo el agitado latir.

—En serio, ¿tienes la tensión bien?

—Oh, por favor... Está bien, tú lo has querido.

La llevó al sofá, la sentó y luego puso una rodilla en el suelo, buscó en el bolsillo y sacó una cajita. Ella abrió los ojos, asombrada.

—Uy, ¿en plan americano? ¡Qué romántico!

Daniel rio y sacó el anillo que ella aceptó en su dedo.

—¿Quieres que nos casemos, que vivamos esta vida juntos, para lo bueno, lo malo y lo que venga, sea lo que sea? ¿Me quieres a mí y mis circunstancias? —sonrió.

—Claro que sí, te quiero a ti, a tu hija, a tu madre, a tu familia, a tu trabajo y no sé... no se me ocurre más.

—Me encantaría casarme pronto. Ir cualquier día de estos al ayuntamiento y hacerlo. ¿O quieres por la iglesia y eso?

—No, qué va. Algo sencillo, con los amigos y lo más íntimo posible.

Daniel se levantó y la tomó de la mano. Sacó el móvil y puso cara de circunstancias.

—Me han obligado a hacernos un selfi con el anillo puesto.

Ambos sonrieron y enviaron al grupo de amigas la buena nueva. También a Paqui. Enseguida recibieron mensajes de vuelta, dándoles la enhorabuena. Daniel besó a Irene.

—Menos mal que hice cena fría, me temía algo así.

Irene fue hacia la mesa, contemplando el bonito anillo que le había comprado Daniel y mirando orgullosa cómo sacaba las dos ensaladas y las ponía.

—¿Qué me miras tan atenta? —dijo él sonriendo.

—Que te quiero, Daniel, que eres lo mejor que me ha pasado en la vida y que ahora mismo, creo que no puedo comer nada.

—Vaya —dijo él un poco parado.

—Creo que la mejor forma de que me entre el hambre es hacer un poco de ejercicio —dijo ella tomándolo de la mano y acompañándolo a su habitación. Él, por supuesto, se dejó llevar.

Hicieron apetito, varias veces y después cenaron y disfrutaron de lo que sería el comienzo de su vida juntos, creando su propia historia de amor.

Agradecimientos

Gracias por leer esta novela cortita, que espero que te haya gustado.

Me encantará que puedas seguirme, si no lo haces ya en mis redes:

Instagram: https://www.instagram.com/anneaband_escritora/

Facebook: <https://www.facebook.com/anneabandescritora>

Wattpad: <https://www.wattpad.com/user/Anneaband>

Mi web: www.anneaband.com

Si te gusta la fantasía, déjame recomendarte una de las que más gusta a mis lectoras, la saga Black Rock:



Aquí tienes los enlaces de Amazon por si te apetece leerlos.

Es fantasía urbana, con brujas y lobos, pero lo más importante es la historia de amor.

Las brujas escocesas de Black Rock: <https://relinks.me/B0B6H4RCB2>

Los lobos escocesas de Black Rock: <https://relinks.me/B0BCWLMKQR>

¡Nos encontramos en tu siguiente lectura!